

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 19. — N° 378.

Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO

Naufragio del vapor francés *La Louise* á la entrada del puerto de Bastia; grabado. — La Dama de noche. — El carnaval de 1860 en Turin y en Milan; grabados. — Entrega de banderas a la guardia nacional de Pisa; grabado. — Iniciación masonica de la embajada persa en la logia de la Sincera Amistad en Paris; grabado. — Revista de Paris. — Versos leídos en la tumba de la señorita Hurtado. — El adiós y el rosal. — Descubrimientos de países desconocidos en la América central; grabados. — El doctor Antonio. — Las Fioraie de Florencia; grabados. — Accion de gracias en el templo israelita de Pesth; grabado. — El marqués Pepoli; grabado. — M. G. J. Faulkner; grabado. — Revista de la moda. — Las semanas de Pasion, santa y domingo de Pascua, en el Santo Sepulcro. — El R. P. Lacordaire; grabado. — Cantores campestres de la baja Normandia, el viernes santo; grabado.

Naufragio del vapor francés «la Louise»

Á LA ENTRADA DEL PUERTO DE BASTIA.

Marsella se encuentra aun bajo la impresion del

horrible siniestro que acaba de sufrir la compañía Valay de esa ciudad y que ha sumergido en el luto á un crecido número de familias. El vapor *la Louise* volvía de Liorna con destino á Marsella y debía tocar en Bastia; el 23 de febrero de madrugada y en medio de una oscuridad profunda, *la Louise* se presentó á la entrada del puerto de Bastia, soplando un viento fuerte de N.-N.-E. La oscuridad no permitió distinguir el paso y el vapor entró de lado; el capitán Pozzo di Borgo reconoció al instante su error é hizo marchar la máquina hácia atrás. Esta maniobra ejecutada con prontitud habria hecho evitar el peligro, si una ráfaga de viento no hubiese llevado al buque casi al mismo tiempo contra el banco de rocas que se eleva entre el puerto y el faro. El choque fué tan terrible, que *la Louise* zozobró inmediatamente. Llevaba á su bordo ochenta y cuatro personas. Una escena desoladora siguió á esta catástrofe. A pesar de los socorros que la poblacion organizó con premura, cincuenta pasajeros encontraron la muerte.

Se cuentan varios episodios dolorosos de ese triste

drama. Ocho personas que habian logrado embarcarse en un bote, fueron arrojadas tambien contra las rocas y perecieron. Las pocas personas que pudieron encaramarse en los palos del buque se hundieron tambien en la mar. Entre las víctimas de esa horrible desgracia, se cuentan veinte y ocho artistas dramáticos italianos que iban á dar funciones en Bastia. El empresario y su hijo pudieron salvarse.

A. C.

LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuacion.)

IV.

Al llegar á este punto de mi lectura me detuve, como el autor decia haberse detenido.



NAUFRAGIO DEL VAPOR LA LOUISE, Á LA ENTRADA DEL PUERTO DE BASTIA.

¿Serian aquellas Memorias las Memorias del negro muerto por una inconcebible fatalidad á mis manos?

Entre la fisonomía de un hombre y sus acciones, su actividad, su pensamiento, su alma, hay una relatividad perfecta.

Yo procuré recordar los rasgos fisonómicos del africano, y me parecia ver bullir bajo ellos toda la melancolía, toda la desesperación, toda la excentricidad que se revelaban en las líneas que acababa de leer.

Y habia además una extraña relación entre el estado en que se habia encontrado el hombre que habia escrito aquellas Memorias, y el estado en que me encontraba yo antes de conocer á la Dama de noche.

Aquel hombre, amante de una muerta, se me habia hecho simpático.

Yo comprendia aquellos amores.

Yo me creia capaz de ellos.

Seguí pues leyendo con el mayor interés.

V.

La luna de los trópicos es muy brillante.

Me paseaba yo solo á lo largo de las rocas inundado por aquella luz tranquila, oyendo el eterno y melancólico quejido del mar.

Mi alma reposaba en su tumba ambulante.

Ni gozaba ni sufría.

Estaba allí, en medio de la noche, vagando entre aquellas rocas, porque allí la soledad, ó lo que es lo mismo la eternidad, me rodeaban por todas partes.

Mi vida física era allí mas fácil.

La brisa era fresca, impregnada de las sales marinas, y refrescaba mi frente, me hacia sentir una indolente delicia.

De improviso la brisa se convirtió en viento.

Algunos momentos despues el viento en huracan.

Me fué preciso abandonar las rocas de la playa y subir á otras mayores para que no me alcanzasen las olas.

Sucesivamente el Océano irritado, hirviente, hinchándose mas y mas, me fué desalojando de mi posición.

Al fin tomé asiento en la punta de una roca, adonde el mar no podia llegar sino en un cataclismo.

Cuando la voluntad de Dios permitiese que el mar se tragara á la tierra.

Una cerrazon densa, compacta, habia tornado oscura aquella noche tan clara poco antes.

La luna habia dejado de alumbrar al mar y á la tierra, para extender su dudosa luz sobre la parte superior de aquel toldo de nubes negras.

Relámpagos deslumbrantes, como si el infierno se asomase de tiempo en tiempo con un fragor espantoso, para contemplar al mar que rugia como pudieran rugir un millon de tigres hambrientos, venian á encontrarme en mi trono calcáreo, desde donde miraba yo impasible la tempestad.

El huracan pasaba silbando por los flancos de la roca, y me obligaba á asirme á sus picos para no ser arrebatao.

La lluvia caia á torrentes sobre mi cabeza.

Un rayo y otro herian y volvian á herir las puntas de las rocas circunvecinas.

Yo estaba en peligro.

En un gran peligro.

Una ráfaga del huracan mas fuerte que las otras podia arrebatairme.

Un rayo podia reducirme á cenizas.

Y sin embargo es aba tranquilo.

Porque en mi indiferentismo absoluto, estaba comprendida la muerte.

¡Ah! ¡no! habia en mi corazon un sentimiento salvado de mi indiferencia á todo: este sentimiento era la caridad.

La caridad respecto á los sufrimientos de los otros hombres mis semejantes.

Un dia me paseaba yo, indiferente como siempre, á lo largo de la playa.

Un negro jóven, antes de que yo pudiese avisarle, se habia arrojado al agua.

Era aquel un lugar muy peligroso para bañarse.

Se podia tener por seguro ser devorado por los tiburones.

En otros paseos por aquel sitio habia yo admirado un magnífico tiburón, un viejo tigre del mar, señor de la caleta que el negro habia elegido por baño.

Yo habia visto al tiburón muchas veces revolverse en el fondo de aquel pequeño seno, como se ve á un pez revolverse en el fondo del vaso de cristal que le contiene.

Yo temblé por la vida del negro.

El tiburón no estaba en la caia, pero no debia tardar en aparecer.

Yo quise adelantarme al tiburón.

Arrojé mi sombrero y mis vestidos, conservé mi puñal y me arrojé al agua.

En aquel momento acudió el tiburón.

Fué una lucha magnífica.

El tiburón se revolvía con una agilidad maravillosa, pretendiendo cogermé por bajo para devorarme.

Pero yo estaba siempre bajo el tiburón.

Mi puñal le habia herido tres veces.

La sangre del tiburón habia subido á la superficie, negra y abundante.

A la cuarta vez, el tiburón dejó de nadar, subió y flotó.

El negro se habia salvado.

El tiburón habia muerto.

El negro y yo nos apresuramos á salir.

Un segundo tiburón nos hubiera devorado á los dos, porque yo habia agotado mis fuerzas en la lucha, y no hubiera podido sostener una segunda.

El negro salió por un lado y yo por otro.

Una roca nos habia separado.

No le volví á ver mas.

Me vesti de nuevo y me encontré sin sombrero.

El viento se lo habia llevado.

¡Oh! ¡sí! el único sentimiento que ha quedado en mí es la caridad.

Peró para los demás.

Para mí mismo no la tenia: es verdad que no la necesitaba, porque yo dormía bajo mi marasmo: porque yo no sentia mas que de tiempo en tiempo el aguijón del remordimiento.

VI.

La tempestad arreciaba.

No era ya huracan el viento.

Era la fuerza de Dios desencadenada.

El mar rugia como si el dolor del combate con aquella fuerza irresistible le hubiera arrancado sus rugidos.

De las nubes caia sobre el Océano, sobre las rocas, sobre mí, otro mar.

Un trueno tremendo, terrible, seco como el estampido de un cañon monstruoso, sucedia inmediatamente á otro trueno.

Y las rocas temblaban y parecian próximas á ser arrojadas de su eterno asiento.

Y en medio de este fragor indescriptible, de este atornador conjunto del mar que rugia, del trueno que estallaba, del huracan que bramaba, creí escuchar otro ruido mas débil, que se repetia por intervalos.

Aquel ruido era el disparo de un cañon, lejano, perdido, borrado por el estruendo de la tempestad.

Se necesitaba un hombre que tuviese el oido tan sensible como yo para percibir aquellos cañonazos entre el retumbar, el retonar continuo de los elementos en lucha.

Un cañonazo en tales circunstancias es siempre un alarido de muerte.

Es la voz de ¡socorro! de los que á bordo de un buque ven al buque irse á pique.

Es la expresion del terror humano, que se pierde en las soledades del mar, entre los bramidos de la tormenta.

Es ese grito de agonía que si se oye desde la tierra, hiela la sangre y amarga el corazon, porque es imposible socorrer al que pide socorro.

Sin embargo yo me aligeré de ropa, até mi puñal á la punta de mi corbata, para si en el caso extremo de arrojarme al mar me sobrevenia el calambre, y esperé.

Y no oré, porque yo entonces no creia en Dios.

Algunas horas despues creí, y desde entonces oro y lloro.

VII.

Los cañonazos cada vez mas frecuentes se iban acercando.

Peró cuando ya se percibia distintamente su estruendo, cuando el buque debia estar próximo á embestir en las rocas, y en la direccion del lugar en que yo me encontraba, los cañonazos cesaron de repente.

Habia llegado el momento supremo.

Yo me puse de pié.

La punta de la roca en que me encontraba se inclinaba sobre el mar.

Una vez de pié y dispuesto á salvar uno al menos de los naufragos, fijé mi vista en el mar.

De improviso sobre una ola gigantesca apareció una fragata de gran porte.

Venia á palo seco y largada el ancla, lo que se conocia en el continuo cabeceo del buque.

Necesariamente al romperse la ola debia estrellarse contra las primeras rocas.

Y así sucedió.

La fragata embiste y se detuvo.

Poco despues el mar la habia hecho pedazos.

Ni una sola persona ví.

Ni oí un solo grito.

La tripulacion y los pasajeros debian haber recurrido á los botes.

Tal creí por el momento.

Peró inmediatamente el mar me envió una prueba de que me habia engañado, de que alguien habia en la fragata al hacerse pedazos contra las rocas.

A la luz de un brillante relámpago ví pasar bajo mí, por el flanco izquierdo de la roca en que me encontraba, un objeto blanco é hinchado.

Aquel objeto era una mujer.

El viento habia inflado sus ropas y la mantenia á flote.

Yo alenté una esperanza de salvarla, y me arrojé desde lo alto de la roca al mar.

Y me dejé llevar de aquella misma ola, y llegué á las rocas á espalda de aquella donde yo habia estado.

Ví á la mujer flotando aun y sacudida por el mar, y nadé hacia ella.

Algunos minutos despues, ella y yo estábamos sobre la playa.

Yo ensangrentado y aturdido.

Ella inmóvil.

VIII.

Con suma frecuencia las tempestades de los trópicos son de corta duracion.

El huracan cayó de repente, cesó la lluvia, y las nubes empezaron á abrirse.

La luna iluminaba de nuevo la tierra.

Yo arrojé una mirada ansiosa á la mujer que tenia entre mis brazos aun.

Estaba muerta.

Por cima de sus cabellos se veia la sangre coagulada de una ancha herida que tenia en la cabeza.

Herida recibida acaso al hacerse pedazos el buque.

Acaso al ser arrojada ella misma por el mar contra las rocas.

Tenia los ojos abiertos aun.

Unos hermosísimos ojos azules que todavia no habia empañado la muerte.

Que parecian mirarme de una manera inmóvil.

Yo creí encontrar todavia algo del alma de aquel cadáver en el fondo de sus ojos.

Yo sentí en mi corazon como el choque ardiente de una chispa de fuego que habia salido para mí del fondo de los ojos inmóviles de aquel cadáver ya frio.

— El destino ó la casualidad, ó el infierno me la arrojan muerta, exclamé: yo la habia esperado viva, la esperaba aun.

¡Sí, yo habia esperado toda mi vida á aquella mujer. Ó á una mujer que se la parecia.

Porque aquella mujer muerta se parecia á mi deseo.

IX.

Yo contemplaba intensamente aquel cadáver tan hermoso.

Le contemplaba con no sé qué placer incomprendible.

Muchas mujeres á quienes habia encontrado vivas, me habian inflamado con el fuego de su alma.

Fuego brillante, inmenso, pero pasajero como el del relámpago.

Muchas mujeres, durante un espacio mas ó menos largo de tiempo, me habian amado, me habian hecho comprender cuánto vale una mujer que ama.

Peró la costumbre es un enemigo del amor.

No os hagáis para la mujer un ser conocido, sumiso, feliz.

La mujer va siempre tras lo desconocido, tras lo difícil, tras lo imposible, tras las lágrimas.

Por eso hay tan pocas mujeres dichosas.

La mujer vive de la lucha.

Cuando no tiene con quien luchar, sigue adelante en busca de nuevos combates.

¡Oh! ¡la actividad funesta del alma de la mujer!

X.

Las mujeres vivas habian llegado á ser impotentes para mí.

Llegué á verlas con una absoluta indiferencia.

Como se ve cualquier objeto vulgar.

Si eran muy hermosas las admiraba, pero no me conmovian.

Consideraba en ellas á la naturaleza bella, como artista, y nada mas.

Pasaba y olvidaba.

Como se pasa y se olvida despues de haberse detenido un momento para contemplarla artisticamente una hermosa estatua.

Y sin embargo, yo que hacia mucho tiempo que apenas consagraba algunos momentos de atencion á la mas hermosa de las mujeres, no sabia, no podia apartar mis ojos de aquella beldad muerta.

Mi corazon que hacia mucho tiempo no se habia estremecido, delante de aquella mujer latia, ardia, vivia, se inflamaba á la vista de aquel cadáver.

¡Era tan hermosa aquella mujer!

¡Habia tal vida, y una vida tan vigorosa, tan embriagadora en las purísimas formas de aquel ser muerto!

¡Y hablaban de tal modo á mi alma ese lenguaje anhelado, nunca escuchado, presentado como se presenta la felicidad, la expresion de aquel semblante, la armonía de aquellas dulces líneas, la tersura de aquella frente que parecia una de las mas hermosas páginas del poema de la pureza, del amor inmaterial, de la inmensidad del espíritu!...

Yo amaba al fin.

Yo tenia entre mis brazos á la mujer de mi amor.

Peró muerta.

Por eso la amaba.

Viva, su mirada, su frente, todo su ser, la vida emanada de ella me hubieran dicho que no habia amado.

Que tenia el cuerpo y el alma vírgenes.

Me lo decia su cadáver.

Yo lo adivinaba: estaba seguro de ello.

Si aquella mujer hubiera estado viva, yo no hubiera tenido celos por su pasado, pero los hubiera tenido por su porvenir.

La hubiera visto con inquietud, con dolor, con rabia, objeto de las miradas impuras y codiciosas de un hombre y de otro hombre.

La hubiera visto arrastrada por su vanidad de mujer llevar su hermosura á todas partes, inclinar su oido á todas las lisonjas, contestar á todas las miradas ya con desden, ya con amor.

Me hubiera visto obligado á partirla con el mundo.

¡Oh! no: yo no podía amar á una mujer viva.
Su amor hubiera sido para mí humillante.
Yo necesitaba una mujer, el alma toda de una mujer, para mí solo, sin que un solo hábito de su esencia se perdiese en el espacio y fuese á halagar los sentidos de otro hombre.
Yo necesitaba una mujer imposible.
Una mujer toda espíritu, y toda espíritu para mí.

XI.

Yo no pude entonces comprender la causa, no he podido comprenderla aun, pero yo amé desde el punto en que la ví, á aquella mujer muerta que me habia arrojado el mar.
Dentro de poco, seria un recuerdo lo que yo amase.
Un recuerdo fantástico, el recuerdo de un ser cuyo nombre ignoraba, cuyo acento no habia oido, pero cuya alma habia comprendido, porque se trasparentaba aun en su semblante muerto.
Estaba solo con ella.
El mar gemia aun de fatiga.
La luna brillaba por entre las nubes rotas.
Todo lo demás era silencio y soledad.
Yo la amaba.
Sin embargo, mi boca no tocó su boca helada.
Mis ojos no dejaron salir una sola lágrima.
¿Y porqué?
El sufrimiento, el terror, la agonía habian ya pasado.
De un ser que habia existido no quedaba ya mas que la forma.
Y el reflejo del alma.
Como ese último reflejo que queda en el horizonte, despues de haberle traspuesto el sol.

XII.

Pasé toda la noche, es decir, lo que quedaba de noche á su lado, y sin cerrarla los ojos.
¡Y cosa extraña!
Aquellos ojos no se descomponian, no tomaban ese color vidrioso, ese aspecto empañado, oscuro que toman los ojos de los cadáveres.
Yo miraba aquellos ojos, y parecia que aquellos ojos me miraban á mí.
Parecia que de ellos salia un fluido poderoso.
Y aquel fluido embriagaba á cada momento mas mis sentidos.
Y sin embargo aquellos ojos estaban inmóviles.
Hubo un momento en que temí que no estuviese muerta.
Pero consulté su pulso.
No se movia.
Consulté su corazon.
Bajo aquel seno de forma encantadora y purísima el corazon estaba inmóvil.
La puncé una vena con la punta de mi puñal, y no salió una sola gota de sangre.
Indudablemente, estaba muerta.

XIII.

Su traje era sencillísimo.
Una bata de Nipis, ancha, vaporosa, elegante, ceñida en la cintura por una cinta de seda azul.
En el cuello una cruz de brillantes pendiente de una sutil cadena de oro.
En las orejas pendientes de brillantes.
En la mano izquierda, en la misma que yo le habia punzado para probar si su sangre circulaba, una sortija con un diamante negro.
Yo no la tomé ninguna de estas alhajas.
Pero no pude menos de tomar una cajita de lata que estaba sujeta á su ceñidor.
Aquella cajita estaba completamente cerrada.
Defendida con una capa de brea de la accion del agua.
Me fué necesario valerme de mi puñal para abrirla.
Amanecia entonces.

XIV.

Dentro de la caja, y envuelto en un pequeño pañuelo de batista que conservaba aun su perfume, habia un medallon de oro.
Un papel envolviendo un objeto pesado.
Un papel plegado en cuatro dobleces.
Abrí el medallon.
Era su retrato.
El retrato de la muerta.
Pero lleno de vida, engalanado, con rosas en la cabeza, perlas en el cuello, alhajas, encajes, sedas.
Un retrato admirablemente parecido y admirablemente ejecutado en marfil.
Yo quité la hoja de marfil del medallon, la envolví en el papel que contenia el objeto pesado, que era una hermosa trenza de cabellos rubios, y guardé el papel en el pecho.
Cuando yo muera, ese retrato y esos cabellos se encontrarán entre estas páginas.
Luego desdoblé el otro papel, y encontré escritas en él estas palabras con lápiz:
«Margarita: nació el 12 de enero de 18... murió el 6 de setiembre de 18...»
» Dios al matarla tuvo compasion de ella. Rogad por su alma.»
Segun aquellas dos fechas, Margarita tenia cuando murió diez y seis años.
Yo guardé el marfil en que estaba pintado el retrato y aquel hermoso y rico rizo de cabellos rubio-pálidos.
La caja, el pañuelo y el medallon, los arrojé al mar.

XV.

Permanecí algun tiempo aun contemplando á Margarita á la dulce luz de la mañana.
Sus ojos conservaban todavia su pura transparencia.
Pero era necesario separarse de ella.
Era necesario enterrarla.
No lejos de allí, al pié de una inmensa roca, habia una pequeña poblacion de pescadores.
Me encaminé á ella, dejando por un momento á Margarita sola y tendida junto al mar.
Poco despues, en hombros de cuatro pescadores, en una camilla compuesta de remos y redes, fué Margarita trasladada á la pequeña capilla que servia de iglesia parroquial á la aldea.
Todas las pescadoras que habian acudido, seguian silenciosas al cadáver.
La marchita hermosura de la jóven, muerta en su primavera, las habia causado una compasion profunda.
Un anciano sacerdote que vivia entre los pescadores y mantenia en ellos la fe religiosa por el ejemplo y por la palabra, seguia rezando conmovido el cadáver de Margarita.
El mar quedaba á nuestras espaldas tranquilo y azul reflejando el cielo despejado, y solo allá entre las rocas mas avanzadas quedaban, como vestigios de la tempestad de la noche anterior, algunos restos del buque naufrago.
Acá y allá sobre la playa entre las rocas, se veian cajones, tablas, jarcias.
Pero ni un solo cadáver.

XVI.

Margarita fué llevada á la capilla y colocada, sobre los remos, sobre las redes, delante de un altar de la Virgen de los Dolores.
Empezó el funeral mas sencillo y mas sublime que puede darse.
Todo era allí pobre, pero todo grande.
El anciano sacerdote con sus cabellos blancos; el jóven monaguillo con sus cabellos rubios; la voz trémula del primero que rezaba el oficio de difuntos, y á la que contestaba la voz fresca, juvenil y argentina del segundo; aquellas dos velas que ardian en el altar arrojando un débil reflejo sobre el pálido y lloroso semblante de la Virgen de los Dolores; á alguna distancia del altar, tendida, inmóvil, elegante aun y poderosamente bella, Margarita; toda la aldea arrodillada en el fondo de la capilla y rezando; y el sol naciente entrando por una claraboya desguarnecida de cristales, inundando con una luz dorada el techo de la capilla semejante al puente de un buque mirado por debajo; todo aquello me conmovia, me arrancaba lágrimas, á mí que no habia llorado nunca.
Todo aquello causaba una revolucion en mi alma.
Yo habia negado á Dios.
Le habia negado á impulsos del sufrimiento.
Entonces me volví á Dios y le sentí.
Entonces mis rodillas flaquearon y las doblé ante el altar.
Desde entonces soy cristiano.

XVII.

Mientras se celebraban aquellos sencillos oficios, algunos pescadores, constructores al par por la necesidad de componer sus barcas, hacian un ataúd de cedro que yo les habia suplicado hiciesen.
Cuando el oficio hubo concluido, aun no estaba terminado el ataúd.
Algunas jóvenes pescadoras se quedaron de rodillas al lado de Margarita.
Yo me acerqué al anciano eclesiástico y le rogué que me oyese.
El eclesiástico se dirigió al confesonario, se sentó y yo me arrodillé delante de él.
Entre el confesonario delante del cual yo me habia arrodillado y el altar de la Virgen estaba el cadáver de Margarita.

XVIII.

Al medio dia estuvo terminado el ataúd.
Margarita fué puesta en él y el ataúd clavado á mi presencia.
Cuando la tapa del ataúd la robó á mi vista, sentí una amargura infinita, como si mi corazon hubiese sido encerrado en aquel ataúd.
Yo no me conocia.
Yo habia variado completamente.
Yo amaba por la primera vez de mi vida, y amaba á un cadáver: menos que á un cadáver, á una sombra, á un reflejo de vida, á un recuerdo, á un nombre, á un retrato.
¡Oh! he sufrido mucho, mucho.
Mi amor me ha hecho sufrir mas que mi indiferencia.
Yo he nacido maldito y mi vida es un martirio.
Tal vez una expiacion.

XIX.

Los buenos pescadores tambien por ruegos míos, habian cavado una hoya sobre la ancha plataforma de la roca desde cuyo borde habia yo contemplado impasible la bravía tempestad que habia matado á Margarita.
Desde aquella cumbre se veia en toda su extension el Océano.

Margarita no debia dormir allí sola.
Las águilas que anidaban en las grietas de la roca debian acompañarla.
Debian romper el silencio que rodearia su eterno lecho de muerte, con sus ásperos y estridentes graznidos.
El gemir constante del mar debia arrullar su sueño.
Algunas temporadas yo iria á vivir junto á ella.
A orar durante el silencio de la noche sobre su tumba.
Margarita fué trasladada allí.
El sacerdote bendijo la hoya, rezó las últimas preces, y poco despues un monton de tierra coronado por una cruz de madera cubria lo que habia quedado de Margarita.

XX.

Todos bajaron.
Necesitaban consagrarse á sus tareas interrumpidas por aquel piadoso y caritativo deber.
Caritativo, sí, porque se negaron á tomar de mí ni el mas pequeño precio por todo lo que habian hecho por Margarita.
Buenas gentes que viven, confiadas en la providencia de Dios, de lo que sus redes arrancan al mar.
Yo me quedé junto á la tumba de Margarita hasta puestas del sol.
Estaba calenturiento, me puse malo, y necesité volverme á la ciudad.
Me arrodillé de nuevo, oré por la centésima vez por el alma de Margarita, volví la vista á la capilla de los pescadores que se veia desde la cumbre de la roca, y ofrecí á la Virgen de los Dolores un cáliz de oro, porque rogase á Dios por la eterna felicidad de aquella criatura que tan desgraciada habia sido en la tierra.
Luego bajé de la roca, triste, meditabundo, lloroso, enfermo.
Al volver un recodo del escarpado sendero que conducia á la cumbre de la roca, y ya cerca de su pié, me encontré frente á frente con un hombre.
Aquel hombre era alto, pálido-verde; me pareció horrible.
No porque su fisonomía fuese monstruosa, sino por la expresion de aquella fisonomía.
En otra ocasion yo hubiera trabado quimera con aquel hombre, como la trababa con todo el que me era antipático.
Pero entonces iba dominado por una impresion profunda.
Yo me habia modificado: pasé sin decir nada á aquel hombre, y no me volví para mirarle.

(Se continuará.)

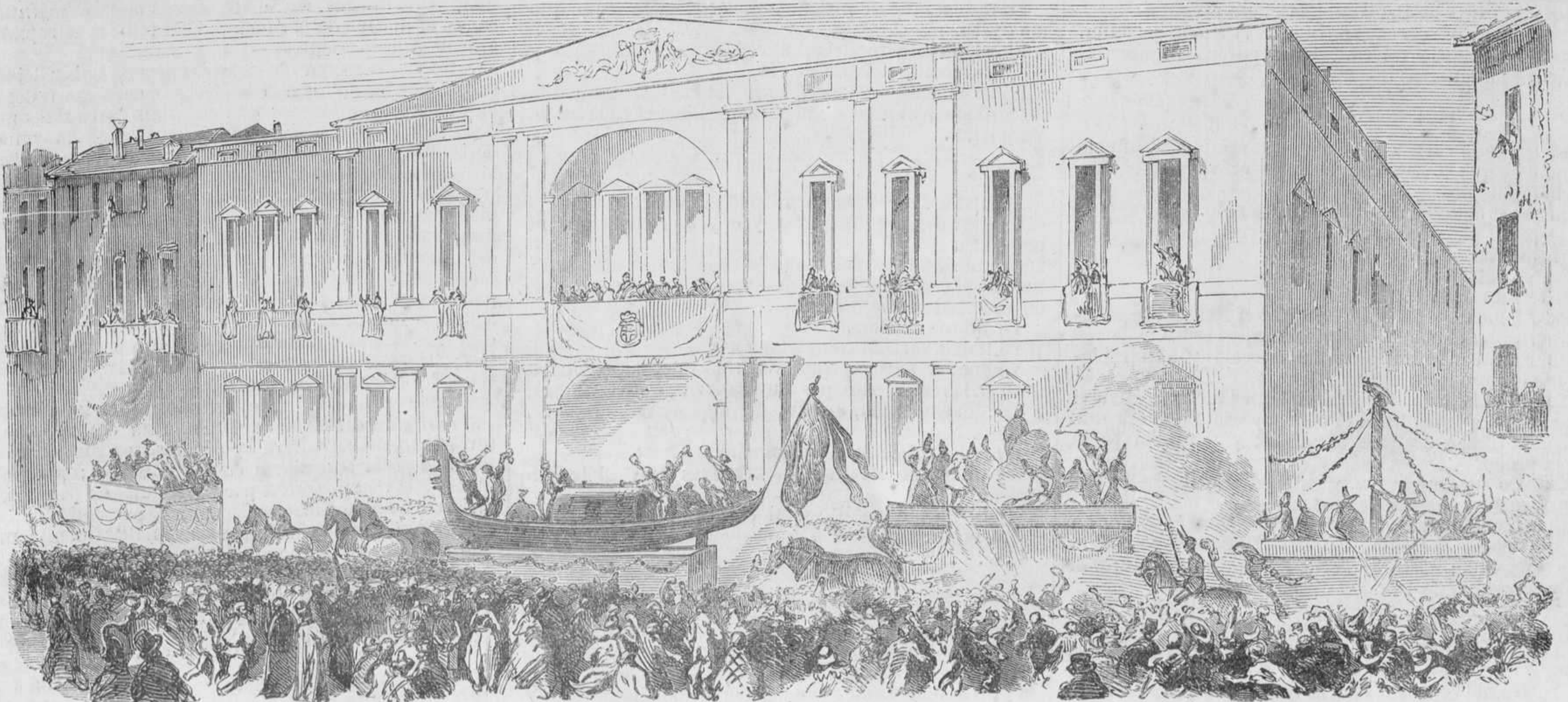
El carnaval de 1860 en Turin y en Milan.

Este año el carnaval no se ha celebrado en Turin con tanto brillo como en el anterior, á causa de la ausencia del rey y de la corte; sin embargo, se ha ofrecido un variado espectáculo á los ojos del público. Abria la marcha una cabalgata musical, y luego seguia un buque de vapor con las ruedas en movimiento para simular una verdadera navegacion. La tripulacion se componia de máscaras grotescas. Seguian un globo aerostático que iba despidiendo una porcion de globos pequeños; un molino de viento holandés y el carro de la *Bella-Gigogin*, emblema de una cancion popular en dialecto milanés, que se ha hecho muy célebre desde la guerra. Veinte jóvenes coristas colocados en el carro iban cantando por todo el camino. Un contrabajo enorme por el cual salian músicos disfrazados de instrumentos de música, marchaba detrás de la *Gigogin* tocando el motivo de la cancion. Esta música estrepitosa aturdió á los paseantes.
A fin de regocijar la vista despues de haber dejado satisfechos los oidos, seguia el carro de Flora rodeado de un grupo de jóvenes que recogian flores á los piés de la diosa. Cerraba la marcha una mascarada cómica de treinta damas y caballeros que se detuvieron á bailar en dos plazas de la ciudad.
Tal fué el primer dia del carnaval en Turin. En los dias siguientes volvieron á presentarse las mismas mascaradas, y además hubo la diversion de los *coriandoli*, la cual consiste en arrojarse las personas unas á otras bolitas cubiertas de harina. Lluven por todas partes, y al cabo de media hora de paseo vuelve uno á su casa blanco de piés á cabeza. Por un reglamento está limitada esta diversion á un corto número de calles; así las personas que no quieren estropear sus vestidos, lo evitan fácilmente.
El miércoles de ceniza es cuando principia el *carnevalone* ó gran carnaval de Milan. Esta ciudad debe á san Ambrosio, su antiguo y poderoso patron, el privilegio de poder regocijarse cuatro dias mas; pero está obligada á reemplazarlos por cuatro dias de penitencia en el corriente del año.
La circulacion de los coches era naturalmente mas suelta en Milan que en Turin. La primera de estas dos ciudades es mas rica, y la presena del rey Victor Manuel y de su corte aumentaba el brillo de las fiestas. Los emblemas de las mascaradas tenian en parte una significacion política.
El rey acompañado de la duquesa de Génova, del príncipe de Carinán y de su casa militar, asistia á los regocijos sobre el terrado del palacio Serbelloni, que por su magnificencia está considerado como el edificio mas notable de la hermosa calle de *Porta orientale*,



EL CARNAVAL DE 1860 EN TURIN.

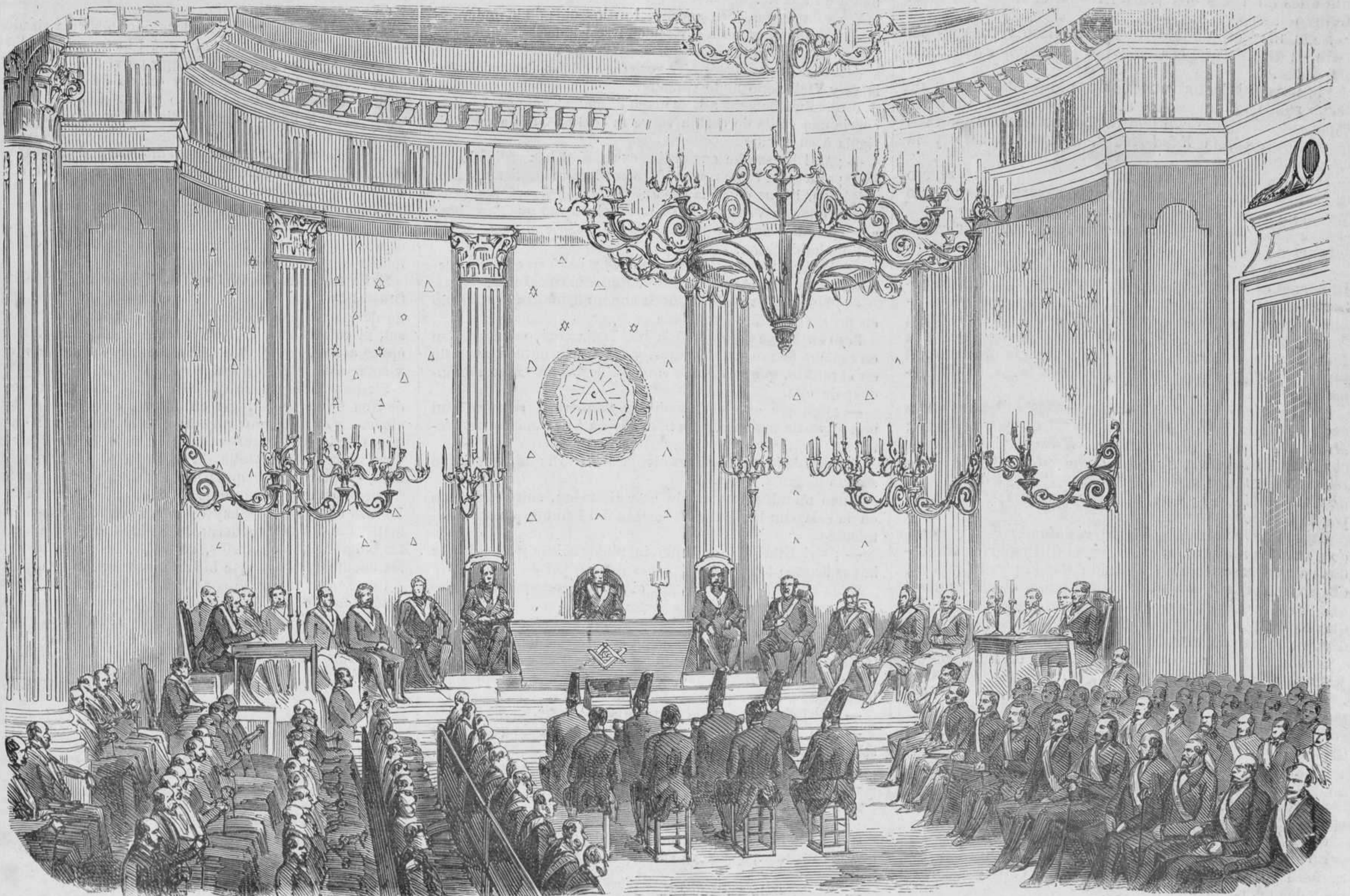
El carnaval estuvo igualmente brillante en los teatros de Turin y de Milan. En el *Reggio* y en la *Scala* magníficamente iluminados *à giorno*, se vió la sociedad mas escogida de ambas ciudades. El rey cubierto con un dominó negro, se paseó por entre las máscaras de la *Scala*. C. T.



EL CARNAVAL DE 1860 EN MILAN.



ENTREGA DE BANDERAS Á LA GUARDIA NACIONAL DE PISA POR EL BARON RICASOLI, 26 DE FEBRERO DE 1860.



INICIACION MASÓNICA DE S. E. HASSAN-ALI-KHAN, EMBAJADOR DE PERSIA, Y DE TRES OFICIALES DE LA EMBAJADA, en la logia de la *Sincera-Amistad* (Grande Oriente de Francia.)

Entrega de banderas á la guardia nacional de Pisa.

El baron Bettino Ricasoli, presidente del consejo de ministros y ministro del Interior de Toscana pasó el 27 de febrero á Pisa, á fin de entregar á la guardia cívica la bandera nacional. Su llegada estuvo acompañada de una verdadera ovacion hecha por los habitantes de Pisa. Ricasoli fué recibido en la estacion por las autoridades municipales y los funcionarios públicos de toda clase; la poblacion se encontraba al paso del primer ministro. Las recepciones oficiales tuvieron lugar en el Palacio Real, donde se apeó el baron Ricasoli.

Al otro día el ministro acompañado del coronel de la guardia nacional de Florencia, entregó á la guardia nacional reunida en la plaza Mayor las banderas con los colores nacionales. Esta ceremonia fué precedida de una proclama pronunciada por el jefe del gobierno toscano, en la cual manifestó los sentimientos de patriotismo y de independencia que han inspirado constantemente su conducta política desde que subió al poder. Sus generosas palabras fueron escuchadas con el mayor silencio y fueron aplaudidas con entusiasmo. Despues la guardia nacional prestó el juramento de fidelidad. Los trasportes patrióticos á que dió lugar esta hermosa é imponente ceremonia, son una prenda del civismo de la valerosa milicia, y se puede creer que si las circunstancias hicieran sus servicios necesarios, la causa de la independencia hallaría en sus filas intrépidos defensores de los derechos que pertenecen hoy á toda la nacion italiana. X.

Iniciacion masónica

DE LA EMBAJADA PERSA EN LA LOGIA DE LA SINCERA-AMISTAD DE PARIS.

Debemos á la benevolencia de S. A. R. el príncipe Luciano Murat, gran maestro de la órden masónica de Francia, el poder dar á nuestros lectores la representacion exacta de la sesion solemne á la cual la logia la *Sincera-Amistad* convidó el 28 de febrero último á todos los *frac-masones* de Paris y de las cercanias en el Grande Oriente, calle Cadet, número 16.

Esta solemnidad que dejará memoria en los fastos históricos de la *Sincera-Amistad*, tenia por objeto la iniciacion de una parte de la embajada persa, sobre todo la de S. E. el general Hassan-Ali-Khan, embajador del shah de Persia.

Desde las ocho una afluencia considerable de *frac-masones* de todos los ritos invadia el atrio del gran templo

Nada mas espléndido, mas grandioso y mas propio para su destino que esa sala tan justamente admirada por todos.

Figúrese el lector un rectángulo de 30 metros de largo sobre 12 de ancho, al que se llega por un atrio espacioso adornado con cuatro figuras que simbolizan la *Antigüedad*, la *Edad-Media*, el *Renacimiento* y la *época actual*.

Tres puertas, una de honor y dos laterales dan acceso al recinto principal, cuyo carácter severo, buen gusto y elegancia se notan inmediatamente.

Doce columnas de órden corintio, separadas por cuarterones de 4 metros 45 cent. de altura sobre 1 metro 75 cent. de anchura, forman los lados bajos. Estos doce cuarterones, de los cuales cuatro, la *Igualdad*, la *Fraternidad*, la *Tolerancia* y la *Libertad*, y ocho los atributos de la *Navegacion*, la *Escultura*, la *Arquitectura*, la *Astronomia*, la *Pintura*, la *Música*, la *Agricultura* y la *Industria*, son debidos así como las demás pinturas, al pincel de M. Poisson, presidente de la logia, la *Colmena filosófica*.

El hemicíclio representa los filósofos antiguos en la escuela de la Verdad: son *Buda* y *Menu* por la India; *Mitra* y *Zoroastro* por la Persia; *Hermes* y *Moisés* por el Egipto; *Pitágoras*, *Sócrates*, *Demócrito*, *Solon*, *Aristóteles* y *Platon* por la Grecia; *Numa Pompilio* y *Caton de Utica* por Roma; *Confucio* por la China, y *Jesucristo* por la Judea.

Bajo la bóveda está la *Masoneria alumbrando al mundo y rechazando las tinieblas* (estas últimas representadas por la *Ignorancia*, el *Vicio*, la *Miseria* y el *Crimen*), obra capital perfectamente ejecutada, en la cual el mundo está figurado de un modo no menos ingenioso que hábil, por una fraccion del globo sostenida y rodeada por cinco niños de tipos diferentes:

Seis inscripciones ó máximas se leen en las paredes, y dicen así:

1º En cuneiforme: *Dios protege la casa de los hermanos.*

2º En árabe: *La palabra es de plata, el silencio es de oro.*

3º En hebreo: *Amarás á tu prójimo como á ti mismo.*

4º En griego: *Hay un Dios para los mortales.*

5º En latin: *Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*

6º En mas.: *Dios no puede querer el mal.*

En fin, para completar el conjunto, tres arañas inmensas y treinta y cuatro girandolas esparcen la luz en todas las partes del templo.

En este templo de un aspecto mágico han sido iniciados en las ideas y en los simbolos S. E. el general *Hassan-Ali-Khan*, embajador del shah de Persia, el coronel *Hadji-Muhsin-Khan*, consejero de embajada,

Mirza-Sadik Khan, *Nazar-Aga*, oficial de la embajada.

La logia la *Sincera-Amistad*, que es una de las mas numerosas de la obediencia, contaba ya entre sus miembros á los que componian el personal de la última embajada de Persia, á cuya cabeza estaba el emir *Ferruch-Khan*, que hoy dirige la política de su pais.

L. P.

Revista de Paris.

Las austeridades de la cuaresma han hecho que se calme un poco la furia de los placeres en los salones de Paris; sin embargo, se baila todavía aunque en la intimidad, á los sonidos del piano, no al estrépito de la orquesta. En cambio los conciertos abundan, como es de rigor en esta temporada, la sala Hertz está alquilada durante mes y medio todas las noches. Compadezcamos á los oyentes. Por un ejecutante de talento que se presenta en estas reuniones; qué de medianías!; qué de artistas sin presente y sin porvenir que imponen á sus amigos, su único público, el tormento de pasar tres horas escuchando sus elucubraciones musicales!

Huyendo pues hasta de la crítica de estos conciertos, plaga de Paris en la temporada actual, vamos á contar á nuestros lectores una curiosa aventura de la última semana.

Es relativa á una mujer celosa, á quien llamaremos Adela para ocultar su verdadero nombre.

Adela dominada por los celos hacia lo que todas las mujeres que se encuentran en este triste caso; no dejaba sosegar á su marido, le pedia cuenta del tiempo que pasaba ausente, se quejaba de que la dejaba sola muchas horas, etc., etc. Sin embargo, á principios de la semana á que nos referimos, se habia dulcificado algun tanto; el 23 era el santo de su marido y se habia propuesto regalarle un bolsillo bordado por ella, y queria predisponerle á que recibiera con gusto aquel obsequio, que sin duda alguna él no se esperaba.

El 21 por la noche Adela se encontraba sola y se aprovechaba de su aislamiento para concluir el bordado, cuando oyó que llamaban á la puerta.

Llama á la criada, se informa, y la criada la responde:

— Es un mozo que acaba de traer una cosa para el amo.

— ¿Y qué cosa es?

— No sé, porque viene envuelto, pero me parece que es una cajita.

— ¿De parte de quién?

— No lo han dicho.

— A ver qué es eso.

La doncella entrega el paquetito á su señora, y esta le da vueltas y le examina en todos sentidos.

— Sí por cierto, debajo de este papel hay una cajita... ¿qué habrá en ella?...

Y á esta pregunta se encendieron los ojos de la mujer celosa, un movimiento de curiosidad irresistible la induce á cometer una indiscrecion.

— Luego la envolveré otra vez como estaba, la pondré otro lacre y Victoriano no lo conocerá.

Y mientras hablaba así, su mano desgarraba el papel y descubria una cajita de carton sobre la cual habia una carta dirigida á su marido.

— ¡Ah! No me he engañado, exclamó Adela ardiendo en ira; ¡esta letra es de mujer! Veamos lo que contiene.

Hé aquí lo que decia la carta:

«Mi querido Victoriano: te envío el retrato que deseabas; acéptale como un obsequio del día de tu santo.»

Y no habia firma.

Adela abrió la caja estremeciéndose y halló en ella una preciosa miniatura, el retrato de una mujer hermosísima.

— ¡Traidor! exclamó la jóven con un dolor agudo cayendo en un sillón medio desmayada.

Pero en breve la reanimó la ira. Tenia cogido el medallón en sus dos manos temblorosas, y fijaba una mirada ardiente en el retrato, que se sonreia con aire de triunfo como burlándose de ella.

— ¿Con que esta es la mujer á quien ama? se decia con una angustia mortal... ¡Ah! No llegará á sus manos este retrato.

Y arrebatada por la cólera arrojó al suelo la miniatura que se hizo pedazos.

Cinco minutos despues de esta ejecucion, entró el marido en la sala con la fisonomia serena del hombre sin remordimientos.

— ¡Ah! Estás ahí, exclamó la mujer celosa; celebro que hayas llegado tan pronto.

Estas palabras y sobre todo el acento con que Adela las pronunció, sorprendieron á Victoriano.

— La observacion me llena de júbilo, amiga mia, contestó el marido; como todas las noches te quejas de que vuelvo tarde, quiero tomar la costumbre de recogerme temprano.

— Sé por qué vienes hoy, hipócrita, dijo Adela; sabias que tenias que recibir algo.

— ¿Eh? No comprendo lo que quieres decir.

— ¿De veras? ¿No esperabas algo? ¿De modo que es una sorpresa que ha querido hacerte?

— ¡Sorpresa!... ¡Ella!... ¿De quién estás hablando?

— No puedo decir su nombre, porque ha tenido cuidado de ocultarle, pero puedo darte sus señas...

— Veamos.

— Una hermosa rubia... no trates de disimular... te repito que la conozco... que lleva vestido de raso y perlas en el cabello...

— Adela, todo eso son enigmas.

— Y que te envia su retrato como un obsequio para el día de tu santo... que es pasado mañana.

— ¿Su retrato?

— Le he visto.

— ¿Y dónde está?

— Mirale, contestó Adela, recogiendo los restos del medallón que puso á su marido delante de los ojos.

— ¡Dios mio! ¡Qué lástima! repuso Victoriano; ¡una miniatura tan preciosa!...

— Si; no dudo que es muy preciosa para tí; pero justamente por eso he querido hacerla pedazos.

— ¿Cómo! ¿La has roto de intento?

— Seguramente; he obedecido á mi indignacion destruyendo el retrato de una odiosa rival.

— ¿Qué dices? ¿Estás loca? ¡Es el retrato de una señora desconocida del siglo pasado!...

— No te creo.

— Pues digo la pura verdad; es una miniatura del siglo último pintada por el artista mas famoso de la época.... hé aquí su nombre en caracteres microscópicos...

— ¡Es cierto! exclamó Adela confundida.

— Un amigo mio compró hace dias esta preciosidad en una venta pública; yo le manifesté cuánto me gustaria tenerla, y como ese amigo me debe algunos servicios importantes, ha querido pagármelos con el regalo de la miniatura; pero yo no puedo aceptar ese presente, y le pagaré lo que le ha costado, tres mil francos. ¡Dinero tirado á la calle!

— Perdóname, dijo Adela con sincero arrepentimiento. La leccion me servirá para corregirme.

— ¿Me lo prometes?

— Te lo juro. Y si te ha faltado ese obsequio, tendrás otro, aunque no del mismo valor... es una obra de mis manos.

Victoriano dará sin duda alguna por bien empleado el dinero que le cuesta la miniatura, si su mujer se cura de sus celos.

Vamos á hacer una ligera excursion en el terreno de las modas.

El miércoles último una señora americana, jóven todavía residente en Paris, despues de haber discutido con su modista sobre tres ó cuatro vestidos de baile, y despues de haber visto los primeros modelos de primavera, exclama de repente:

— ¿Cómo me podrian vestir á mí para ir á la sepultura? Yo me propongo llevar un traje que nadie haya llevado jamás.

Las personas presentes la miraron con asombro, como se mira á una loca.

— No me chanco, repuso con gravedad. Estoy firmemente convencida de que me han de enterrar dentro de tres meses. Ninguna mujer en nuestra familia ha llegado á treinta años: ahora bien, como yo me hallaré aun en la flor de mi belleza, deseo un elegante traje de difunta.

— Señora, exclamó la modista, ahuyente Vd. semejantes ideas; Vd. vivirá aun mucho tiempo para todos aquellos que la admiran.

— No, no, repitió la americana con firmeza; conozco que no me quedan mas de tres meses de vida. Yo moriré repentinamente de un aneurisma en el corazon como mi madre y como mis hermanas... Vamos, ¿cómo será el vestido?...

La modista no respondia.

— ¿Qué tal estará un peinador todo blanco y rizado como una margarita blanca?... ¡Ah! qué frio tendré, añadió estremeciéndose. Me dan ideas de elegir un vestido blanco sí, pero de cachemira, bien acolchado y orlado de pieles, ó bien un vestido de moaré antiguo blanco guarnecido de tafetan... No me atrevo á llevar encajes, sin embargo que me gustan mucho.

La modista no tuvo mas remedio que hablar del prendido de difunta que la encargaban, y por fin se aprobó el vestido de cachemira blanco.

Podemos asegurar que esta historia no es una invencion; no obstante, abrigamos la esperanza de que el vestido en cuestion tardará mucho mas de tres meses en recibir el uso fúnebre á que está destinado.

Se ha anunciado la venta de la biblioteca del célebre actor Grassot, y Paris se ha quedado sorprendido al ver el catálogo de esta biblioteca. Nadie habria podido suponer que Grassot, el cómico mas gretesto que ha salido á las tablas en la época actual, poseyera 3,500 volúmenes en muchos idiomas, y sobre toda clase de materias.

Si; parece imposible que Grassot tuviera en su casa mas de cien obras de teología en hebreo, en griego, en latin, en aleman y en armenio; así como las obras mas célebres y algunas de las mas raras sobre el derecho, la medicina, la historia natural, la filosofía, la filología, la política, la educacion, el comercio, la equitacion, el baile, la caza, la pesca, etc.

Pero siempre, como suele decirse, el lobo asoma la oreja. Lo mas completo que hay en la coleccion, son las obras dramáticas antiguas y modernas, los libros que tratan del teatro, las biografias, los retratos, los trajes, las antiguas novelas y los cuentos y farsas que hicieron reir mucho en otro tiempo.

Una sesion entera se consagrará á la venta de grabados y autógrafos; otra á los periódicos y publicaciones políticas de 1848 á 1851, entre los cuales hay 130 diarios que no dieron á luz mas que un número.

La venta promete estar concurrida.

MARIANO URRABIETA.

Versos

LEIDOS EN LA TUMBA DE LA SEÑORITA JOSEFA HURTADO.

Ya está cubierto su divino rostro
Con la lúgubre sombra de la muerte!...
Vedla y llorad su desgraciada suerte,
Los que tengais sensible el corazon.
Flor cuyo cáliz comenzaba apenas
Su perfume á ofrecer al manso viento,
El huracan la sacudió violento
Y de su tallo la arrancó en boton.

Blanca paloma que volaba ufana
En la florida, espléndida pradera,
En la mitad no aun de su carrera
Herida fué por aguijon mortal.
Rasante estrella que lució en Oriente
Bañando el orbe con su lumbré pura,
Sin llegar al cenit, de nube oscura
Eclipsada se vió tras el cendal.

Esa es Josefa, la preciosa virgen
Por quien vengo á entonar mi triste canto:
Siento mi voz ahogada por el llanto
Y mi mano temblar sobre el laud.
No hallaré en él tan expresivas notas,
Que aquí revelen lo que mi alma siente,
Al ver que su beldad eternamente
Va en su seno á esconder ese afaud.

¡Y te quedas aquí! ¡Pobre Josefa!
¡Quién ha solo dos años me diría,
Cuando plácidas trovás de alegría
Entonaba gozoso en tu loor,
Que hoy junto á tí mi corazón doliente
Iba á exhalar suspiros de tristura
Y á cantar con acentos de amargura
Al borde de tu tumba mi dolor!...

Tan solo Dios, cuya mirada lee
En el secreto libro del destino,
Pudiera entonces descifrar tu sino,
Tu sino tan funesto, tan fatal.
Sí, muy fatal; que si la muerte es siempre
Para nosotros dolorosa y triste,
Lo es mas aun cuando en el pecho existe
De juventud y dicha un manantial.

Morir así, cuando en el alma hierven
En tropel las hermosas ilusiones,
Cuando dulces y tiernas impresiones
Halagan con su encanto el corazón...
¡Eso es mas que morir! Y tú has sufrido
Ese terrible, sin igual tormento;
Por tí transido de dolor me siento
Al pensar cuánta fuera tu aflicción.

¡Ay! Cuando el sol de tus hermosos ojos
Pronto á eclipsarse en tu interior sentiste,
Y tu mirada en derredor volviste,
El mundo que dejabas para ver,
Y contemplaste un breve instante el cielo
Con sus ricos y vívidos colores,
Y pensaste en el campo y en las flores,
Que fueron siempre tu mayor placer.

Y viste al lado de tu triste lecho
A tus caras hermanas sollozando,
Y á tu madre infeliz por tí llorando
Con honda pena y penetrante voz;
Cuando tu blanca, casi yerta mano
Con sus ardientes lágrimas bañaron,
Y á su seno amoroso la estrecharon
Para decirte el postrimer adios...

¡Oh! ¡Cuánto entonces tu angustiado pecho
En su inmenso dolor no sufriría,
Y con cuánta avidez no desearía
Un remedio encontrar para su mal!
«Sálvame ¡oh madre!» en tu dolor clamaste,
Y en tu labio aspiró tan triste acento;
Que al pronunciarlo, descargó violento
La muerte el golpe, sobre tí, mortal.

Y tu vida acabó, y en torno tuyo
Mil ecos de tristura resonaron,
Y tus ojos por siempre se cerraron,
Y perdió Panamá su flor mejor...
Yo, que te quiero con cariño tierno,
Vengo mi último adios aquí á decirte,
Y quiero al fin de mi canción pedirte
Para tu amigo un postrimer favor.

Quando tu vuelo hácia el Señor levantes
Y el éter leve de la altura rompas;
Quando entre alegres, celestiales pompas
En su seno recíbate Jehová,
Dirige cariñosa una mirada
Al desgraciado que en la tierra mora,
Y no olvides al bardo que te llora
Y que jamás te ha de olvidar acá.

Y hoy, cuando á fuerza de tormentos hórridos (1)
Cesó de palpar tu corazón,

Y has dejado esta vida triste y mísera
Para dormir tranquila en el panteon,
Yo he vertido por tí mas de una lágrima
En la tierna efusión de mi dolor,
Y de mi pecho, al enlutado féretro,
Quiero que lleves esta mustia flor (1).

J. MARTIN FEUILLET.

El adios y el rosal.

(Inédita.)

TOMADA DEL LIBRO *Amor y lágrimas* DEL «CARPA DE LOS ANDES.»

I.

¡Ella partió!... Sus trémulos adioses,
Cual doble de campana funeraria,
Sollozan en la estancia solitaria
Donde crece el ROSAL de nuestro amor.
Voló con su suspiro mi suspiro...
Corrió mi llanto con su triste llanto...
Ermudeció mi canto con su canto...
Despertó mi dolor con su dolor.

II.

Héme con ELLA en la inmortal llanura
Donde rugió del libre la metralla;
Aquí empeña también una batalla
En su postrer adios mi corazón:
Aquí corrió la sangre de los héroes...
Corren aquí mis lágrimas de duelo...
Sube mi grito de dolor al cielo
En vez del ronco trueno del cañon.

III.

¿Qué importa que mañana en el Oriente
Despierte el sol con soberana pompa,
Que el universo mundo en himnos rompa
Y ensalce tanta gloria y majestad?
¿Qué importa, si la Maga de mis sueños
Dicha del bardo, cuando Dios quería,
Si ELLA, consolación del alma mía,
Me condena á perpétua soledad?...

IV.

Cual enjambre de blancas mariposas
Las ilusiones del amor huyeron,
Y en las nubes de polvo se perdieron
Que levanta su raudal palafren.
¡Dios te siga do quier con sus miradas
Y alumbre con su gracia tu camino!
Lucero del errante peregrino,
Eva infeliz de mi perdido Eden.

V.

Azucenas y lirios del desierto,
Donde las sifas olvidadas moran,
Donde arrullan de amor, cantan ó lloran
La garza, la paloma y el turpial;
Saludad á la hermosa cuando pase,
Angustiado el semblante, mudo y frío,
Vertiendo de sus ojos el rocío,
Bella como la aurera tropical.

VI.

Brisas de las florestas ignoradas,
Que suspirando vais de valle en valle,
Quando su llanto comprimido estalle,
Las perlas que derrame recoged.
Pájaros que llorais la despedida
Del padre sol, fecundador del mundo,
Acompañadla en su dolor profundo,
Tiernos amigos de su duelo sed.

VII.

¡Ah! ¿dónde, dónde estás? ¿Porqué mis brazos
Se abren y cierran hoy en el vacío?
¡Vuelve!... ¡Deja esos bosques, ángel mio!
Vuelve á encantar mi yerma soledad.
Viudos están mis labios de tus besos,
Viudo mi corazón de tu cariño...
Te busco por do quiera como el niño
Perdido y sin consuelo en su orfandad.

(1) La flor ofrecida son los mismos versos que el autor colocó dentro del féretro.

VIII.

Y cuando al cielo, al mundo les demando
En dónde está mi serafín querido,
Los tristes ecos me responden: «¡ido!»
«¡ido!» repite el viento gemidor.
¡Amor!... ¡Amor!... encantadora fuente
Donde se ven los ángeles del cielo,
¿Por qué desdicha en este bajo suelo
La sombra que te sigue es el dolor?

IX.

¿Porqué en tus misteriosos pabellones
De rosas y de mirto floreciente
Se desliza callada una serpiente
Que oprime en sus anillos nuestro ser?
¿Porqué?... Sábelo Dios, es su secreto...
Lira, da fin á tu lloroso canto,
Y de la noche en el silencio santo
Roguemos por la paz de esa mujer.

X.

Y tú, ROSAL, cuyas tempranas flores
De nuestro dulce amor fueron idioma,
¡Quédate á Dios!... La tímida paloma
Que anidaba en tus hojas... se fué ya...
Á orillas de otras fuentes y otros ríos
Su roto nido mecen otros vientos;
Otras aves escuchan sus lamentos,
Otro follaje protección le da.

XI.

¡Quédate á Dios!... Rosal de mis amores,
Guarda esa historia entre tus bellas hojas;
Solo á la noche cuenta mis congojas,
Solo á los astros cuenta mi dolor;
Y lleva en alas de tu vago aroma
Del arpa triste el canto gemebundo;
Sepa la hermosa mi dolor profundo,
Sepa la ausente mi constante amor.

A. LOZANO.

Descubrimiento de países desconocidos

EN LA AMÉRICA CENTRAL

POR EL CABALLERO DE PONTELLI.

(Segundo artículo. — Véase el número 375.)

He dicho anteriormente que la parte Sur de esa vasta comarca tiene unas diez y nueve mil leguas cuadradas. El Norte, que se desarrolla en una infinidad de alturas, toca en sus límites en Vera-Paz, pasando por el lago Paten, el Guatemala, el Yucatan y el Chiapas, calculo que la superficie de esta parte setentrional tiene cuatro veces al menos la extensión de la parte meridional. Esta porción de territorio está muy poblada; la raza de montañeses que la habita es valiente y belicosa. Las poblaciones agrupadas en las diferentes alturas pueden suministrar con facilidad seiscientos mil combatientes. El país alto da todas las producciones de la Europa, y el bajo presenta toda la variedad de la vegetación tropical. El clima ofrece muchas variaciones de temperatura, según el grado de elevación; y subiendo se puede pasar de los ardores del trópico, ó de las tibias influencias de la zona templada, hasta la temperatura de las nieves eternas.

El suelo de las mesetas es de una fertilidad y de una riqueza incomparables. Al ver las numerosas ruinas de las antiguas ciudades que he visitado, se concibe que los elementos de una civilización avanzada se hayan desarrollado en una comarca tan admirablemente favorecida, y que realiza la abundancia y los encantos de un verdadero paraíso terrestre. Citaré de paso como testimonio de un antiguo estado social digno de una sociedad regular, el antiguo camino cuya señal he descubierto, y que ponía en comunicación con los dos océanos poblaciones de las cuales no se hallan mas que vestigios actualmente.

La región montañosa ofrece una gran variedad de riqueza mineralógica: el oro, la plata, el cobre, el hierro y el plomo se encuentran en criaderos considerables que no son explotados. El indio, que apenas tiene otra cosa que oro y plata para sus cambios exteriores, se contenta con sacar de esas minas para sus necesidades personales las cantidades de esos metales preciosos que le hacen falta. El mismo los funde y los entrega á los agentes de su comercio para la compra de los artículos que desea, sin pensar en acumular el producto de sus extracciones. A pesar de esa negligencia por riquezas cuyo verdadero valor desconocen, los pueblos de la América central estiman en mucho la posesión de sus minas; y por una ley que he hallado vigente en el país, se castiga con pena de muerte á todo el que revela á un blanco una mina de oro ó de plata. Esa legislación se-

(1) Aquí llama la atención á las dos últimas estrofas de la Flor del Espíritu Santo.

vera, que se mantiene desde la conquista, tiene sin duda por objeto combatir la avaricia, cuyos excesos han producido males incalculables entre la raza india, en tiempo de las primeras expediciones europeas al continente americano.

Entre las especies mineralógicas que abundan en toda esa zona, debo mencionar aun las piedras preciosas, el ópalo, la cornalina, el topacio, el rubí y la esmeralda. También he visto cristal de roca en grandes masas,



OSO CAZANDO MONOS.

y más de una vez me ha asombrado el efecto mágico que produce á la luz de las teas el juego de los cristales cuando se penetra en ciertas grutas.

Las producciones vegetales no son menos diversas. He hallado casi á cada paso los árboles de goma, los bálsamos negros, el copaiba, la quina rosada y amarilla, el árbol de cera, de sebo y de seda. Esta última especie crece en una vasta extensión del país y constituye un producto particular; la habita una clase de araña que teje sobre sus ramas una bolsa que encierra una seda abundante y de una excelente calidad.

Me sería difícil comprender en la rápida noticia que me he propuesto trazar, los infinitos recursos que hacen de esa comarca el país más rico del mundo con respecto

á los tres reinos de la naturaleza. Habiéndome formado del país una idea sumamente ventajosa por varias muestras que descubrí á mis primeros pasos por su territorio, formé la resolución de visitarle en todas sus partes para estudiar su constitucion geográfica, física y moral. Para lograr mi objeto debí, exponerme á muchos peligros; pero hoy que las circunstancias me han favorecido, no siento ni mis fatigas ni los obstáculos que debí vencer.

La primera de las condiciones que tiene que llenar todo viajero que quiera penetrar en el país, es la de inspirar entera confianza á los indígenas por la rectitud de sus intenciones. Al menos habrá de dejarles suponer que posee todos los conocimientos que ellos consideran como los más útiles, esto es, el conocimiento de las plantas y el arte de la guerra. Sin embargo, no es posible engañarles acerca de materias sobre las cuales raciocinan bastante bien segun sus ideas y usos. Yo tuve la suerte de granjearme la confianza de los primeros con quienes traté, justificando á sus ojos algunos de los méritos que ellos estiman, y puedo decir que salí con bien de las pruebas que me impusieron.

Hacia algun tiempo que deseaba yo comunicar con el jefe; pero siempre mis primeros amigos me habian disuadido de emprender un viaje por el interior, alegando la poca seguridad con que podia contar para esa empresa. No obstante, una mañana, un aviso transmitido por una señal del interior á la frontera donde yo me hallaba, me advirtió que podia poner en ejecución mi proyecto; que el poderoso jefe, el Leon de los Andes, estaba dispuesto á recibirme con benevolencia, y que



PUENTE DE ENREDADERAS.



AMERICA CENTRAL. — BAPTISMO DE LOS HIJOS DE BACH-NA-IBLT Y DE OTROS NIÑOS.

encontraría en mi camino guías y hombres para conducirme y protegerme.

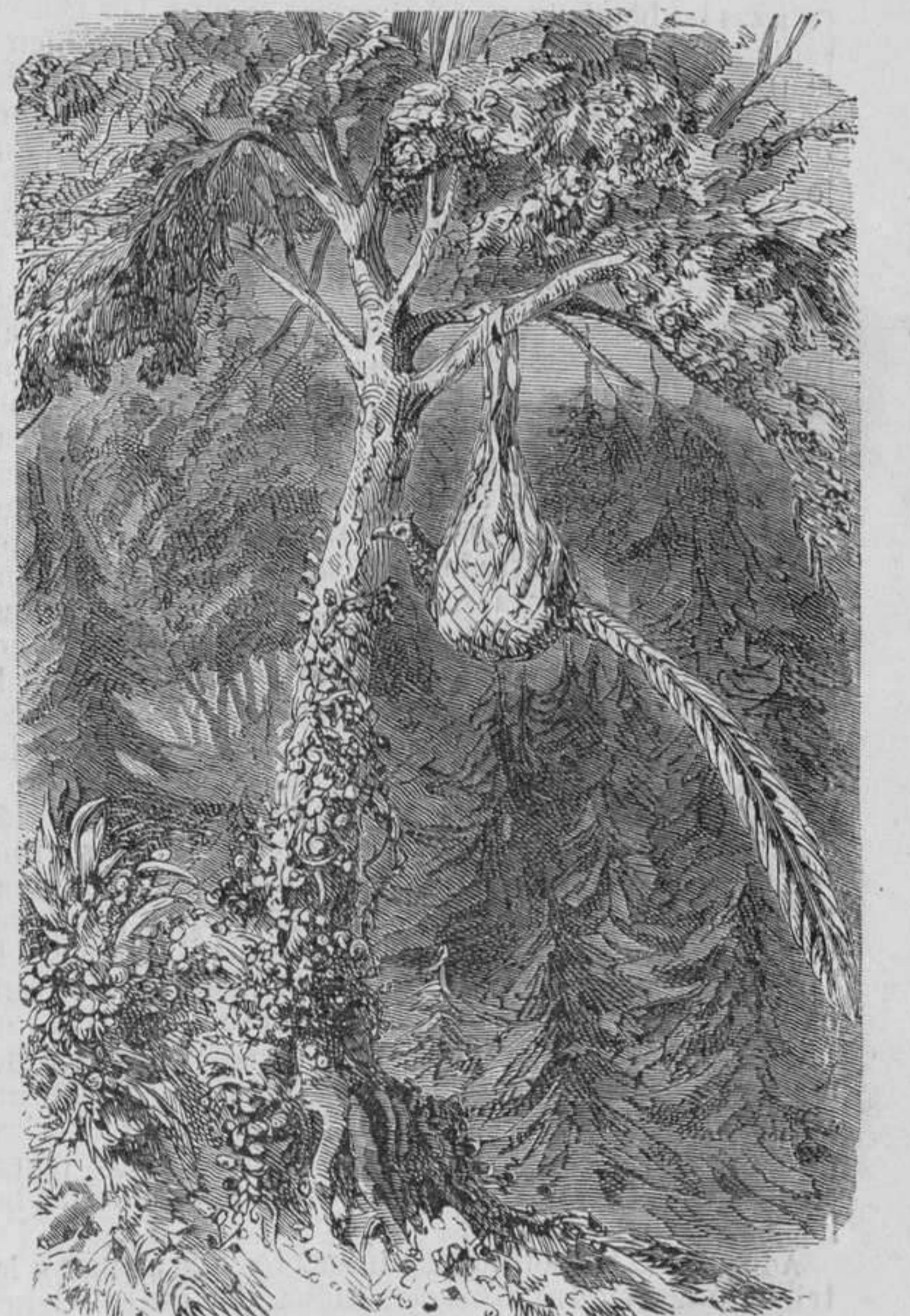
Me aconsejaron que dejase mi caballo en la frontera, porque los caminos por las montañas son impracticables para los animales. Con efecto, en esa region montañosa el trasporte se efectúa á hombros. Yo no seguí el consejo y respondí que por todas partes por donde pasara yo, pasaria igualmente mi fiel Chc-ho, mi inseparable compañero de viaje. Cho-ho, de raza india y de origen montañés, estaba dotado en efecto de una inteligencia extraordinaria, de una audacia prodigiosa y de un valor incansable; yo no temia con él ningun peligro. Mi resolucion confundió á los indios, y noté que aumentó mucho la buena opinion que ya tenian de mí.

Partimos y no tardé en reconocer que habia acometido una empresa difícil. Tuve que subir montañas, atravesar grandes barrancos y rios, y no sin un trabajo inaudito logré superar unos obstáculos tan formidables. Mas de una vez los indios, conmovidos con los peligros que yo corria y excitados por la simpatia que les habia inspirado, se prosternaron é invocaban en mi favor al Grande Espiritu. Por fin, quince dias despues de nuestra salida llegamos á Cuchumata, donde debia tener lugar mi entrevista con el poderoso jefe Bach-na-iblt.

Encontré al Leon de los Andes en su traje de guerra al borde de un precipicio profundo; le acompañaban su mujer y los miembros del consejo de los ancianos. Mi llegada le fué anunciada por el sonido de las trompas de mis guías. A la vista del jefe indio di espuela á mi caballo, que de un salto me llevo al otro lado del

precipicio, plantándome así cerca del Leon de los Andes, que se quedó como maravillado de mi destreza y mi temeridad. Me recibió con señales de distincion, teniendo en una mano en señal de amistad una hoja de palmera-abanico, mientras sostenia con la otra su escopeta.

La mujer del jefe me honró con las mismas demostraciones amistosas levantando los brazos; llevaba á la espalda una criatura. Los miembros del consejo me saludaron con una especie de gruñido grave que mani-



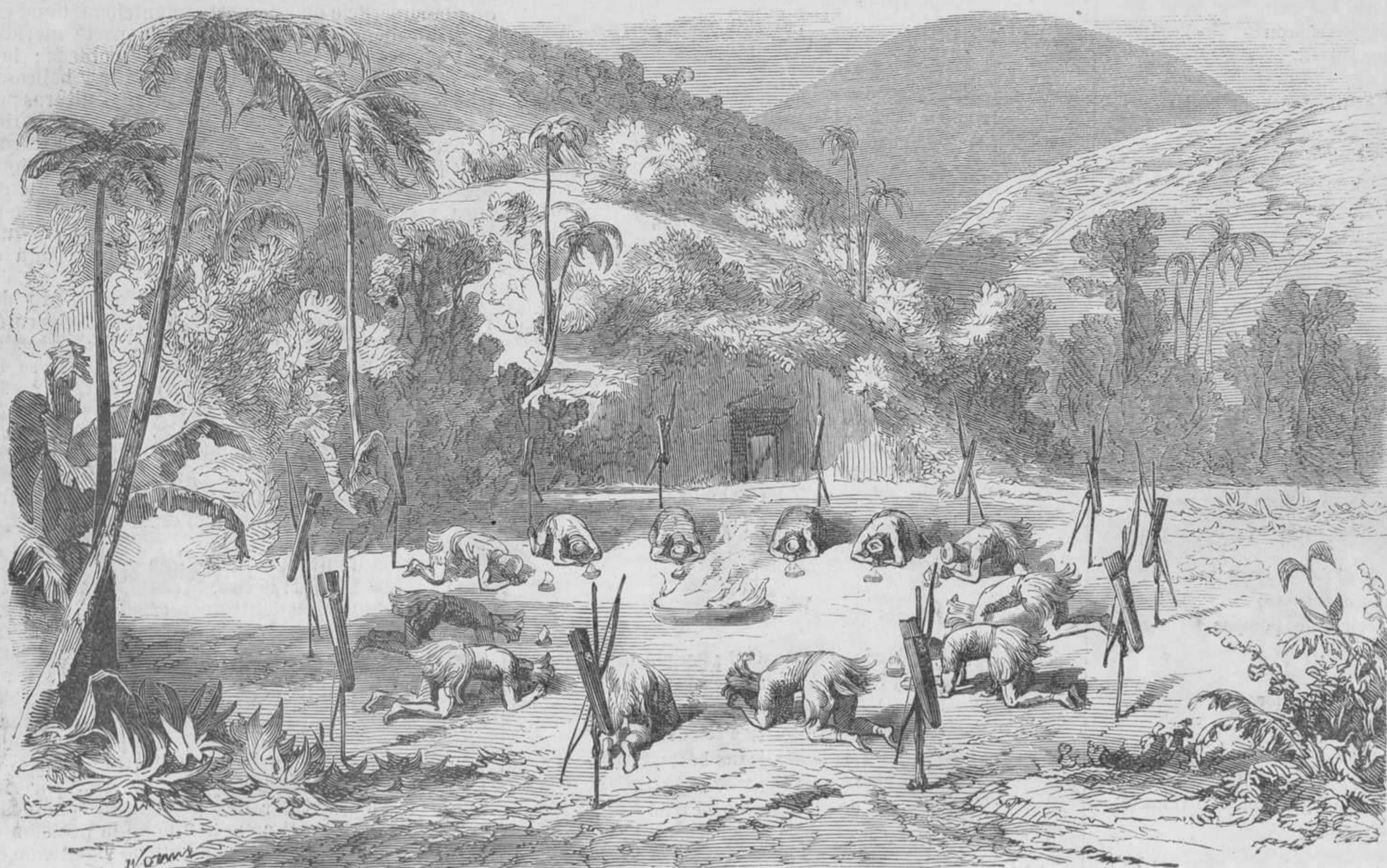
NIDO DE QUEZAL.



EMBOSCADA DE INDIOS ENTRE LAS ZARZAS.

festaba la satisfaccion que les causaba mi vista. De estas pruebas de benevolencia deduje que habian llegado allí de mi persona noticias favorables. Me condujeron con muchas atenciones hasta la ciudad, donde me prodigaron la hospitalidad mas generosa.

Mis relaciones con el jefe se estrecharon muy luego, de modo que pude hablar con él de muchas cosas que me interesaban. Lo que supe tocante á la religion del país me convenció de que los habitantes se hallan sumergidos en una idolatria grosera. Creí que podia hacer un gran servicio á esas poblaciones ignorantes revelándolas lo más posible de nuestra religion; y sin tratar de desnaturalizar la idea que se hacia del Grande Espiritu, inculqué al jefe y á su familia nociones



INVOCACION AL GRANDE ESPIRITU ANTES DEL COMBATE.



LEON DE PONTELLI.



DANZA ALEGÓRICA AL REGRESO DE LA GUERRA.

de moral cristiana; les expliqué los méritos del bautismo, y al cabo de poco tiempo logré que el jefe indio se dejara conferir las gracias de esa santa práctica.

El Bach-na-Ibit quiso que comenzara por sus hijos, asegurándome que á su ejemplo todas las madres de la tribu me presentarían luego los suyos. Así pues, el día convenido, nos reunimos á la orilla de un río, en presencia de los miembros del consejo, y bauticé con las prácticas de uso á los hijos del jefe, en tanto que los asistentes, siguiendo mi consejo, llamaban sobre sus cabezas las bendiciones del Grande Espíritu. Los padres, sentados sobre una piel de tigre, invocaban también á la Divinidad. Esta escena de un carácter tan extraño, en medio de la soledad de una selva, me causó la mayor impresión, pero tuve que contener mi emoción, que los indios habrían podido achacar á flaqueza.

Los indios tienen el sentimiento religioso muy desarrollado. No hay una acción un poco importante de la vida pública ó privada que no les haga ir á los pies de su ídolo. Su culto es muy sencillo; consiste principalmente en oraciones. He asistido á muchas de sus ceremonias religiosas, pero ninguna me ha conmovido tanto como la oración en común que precede á los combates, y que tiene por objeto recomendar á la clemencia del Grande Espíritu á todos aquellos que han de sucumbir en la guerra. Este acto de adoración se celebra delante de la gruta sagrada del templo, ante la cual encienden una hoguera principal con resinas olorosas. Cada uno de los combatientes enciende luego otra hoguera pequeña en línea circular y se prosterna con la cabeza apoyada en sus manos extendidas. Detrás de cada guerrero una estaca clavada en la tierra sostiene las armas del que está orando.

La guerra es una ocupación muy principal en la vida de esos pueblos, porque las hostilidades entre las tribus son permanentes. Durante mi residencia en Cuchumata, el jefe me encargó que instruyera á sus guerreros en la táctica de la guerra; pero era difícil acomodar la táctica europea á los hábitos de esos pueblos, y el único fruto que saqué de esa instrucción fué enseñarles no la disciplina, sino un conjunto más satisfactorio del ataque y algunas operaciones estratégicas. Ya he hablado en mi artículo anterior de las danzas alegóricas que se ejecutan á la vuelta de la guerra; hoy pongo aquí un dibujo que representa una de esas fiestas bellas.

Además de las contiendas interiores que arman á las tribus unas contra otras, los indios del centro tienen muchas causas de enemistad contra las poblaciones del litoral; y consisten casi siempre en malos tratamientos ó en actos injustos cometidos en perjuicio de los suyos por los hacendados limítrofes. En tales ocasiones, el jefe toma represalias, y para eso determina el pueblo que debe soportar la responsabilidad de los daños cuya reparación se exige. Esta clase de guerra se hace así: cierto número de indios ocultos por ramas de árboles cortadas y que figuran zarzas, van de noche á los lugares que quieren castigar, y arrastrándose llegan cerca de las casas armados con antorchas. Estas faginas vivas sirven de abrigo á otros indios armados también con teas de maderas resinosas, los cuales, á una señal dada, encienden en diferentes puntos simultáneamente un incendio cuyos destrozos son seguros, porque en esos países faltan los medios para combatir las llamas, á pesar de las repetidas lecciones de la experiencia.

A favor del desorden que sigue á esos ataques, corren los jinetes emboscados, hacen fuego sobre la población que trata de huir, y á menudo capturan á las mujeres y se las llevan. El rigor de estas represiones es proporcionado á la gravedad de la ofensa.

La caza es otra de las ocupaciones de esas tribus. Los detalles que he dado ya sobre el modo de cazar de los indios demuestran que en ese ejercicio emplean toda la energía y el valor de que dan pruebas en los combates. He asistido á muchas de esas cacerías, y puedo asegurar que mas que una diversion son simulacros de guerra. Así pude penetrar en selvas impenetrables donde recogí algunas observaciones curiosas. Vi en esas excursiones, en el seno de una nación salvaje, verdaderas maravillas naturales y hechos del mas alto interés para los naturalistas. Presencí la lucha de una serpiente colosal contra un jabalí encarnado, que con su fuerza prodigiosa venció los esfuerzos del terrible reptil.

Otra vez, recorriendo los bosques con mis indios, fui testigo de un espectáculo que apenas puede creerse. Mis hombres me señalaron un oso sobre el tronco de un árbol replegado sobre sí mismo, y con una pata levantada sobre su cabeza; hé aquí la razón de esta actitud que me pareció muy poco natural: la pata alzada estaba untada de miel y servía de cebo; los monos acudían á la miel, y el astuto animal cogía al mono y le ahogaba. De este modo le ví matar muchos monos, hasta que le maté de un balazo.

En las selvas vírgenes encontré un ave poco conocida en Europa, el *quezal*, de un verde esmeralda, y cuyo plumaje tiene el tornasolado de las pedrerías más hermosas. Es del tamaño del cuquillo, y es muy notable por su cola, que es de un largo extraordinario. El quezal construye su nido de crin en los árboles siempre á la orilla de barrancos profundos y colgante. El nido tiene dos orificios, uno para entrar y otro para salir, de modo que no puede estropearse la cola. Según dicen los indios, el quezal tiene tanta vanidad en su cola, que si le rompen una sola pluma, se muere de pesadumbre.

Me ha sido imposible cerciorarme de este hecho, que indico á los naturalistas bajo la garantía del testimonio de los indios.

Mucho tendria que escribir sobre la magnificencia de ese admirable país, donde la naturaleza entregada á sus fuerzas produce las combinaciones más extrañas y presenta sin cesar un espectáculo sublime. Pero no puedo tratar aquí de esas grandes escenas; ya tendré ocasión de hacer un cuadro más completo en una obra en que trabajo actualmente, y que reunirá el conjunto de las observaciones que he recogido en ese viaje que me ha hecho visitar países desconocidos.

LEON DE PONTELLI.

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuación.)

Lucy leyó las cartas y tradujo á su padre, no sin reírse á carcajadas, la que estaba destinada al baron. Sir John no pudo menos de sonreírse de lo que él llamaba el estilo hambriento del memorial. ¿Añadiremos que el incienso que exhalaba, á pesar de su tosca calidad, lisonjeó agradablemente el amor propio del digno gentleman, y que la idea de la llegada del Mecenas inglés halló gracia ante sus ojos?

— ¿Vamos á la función, padre mio? exclamó Lucy cuando le vió un poco calmado.

— Sí, para volver despues de las doce por ese maldito camino; es imposible, hija mia. Al señor *Pastaccani*, ó como se llama, le importa poco nuestra presencia, lo que quiere es dinero; dáselo, y que se vaya.

— Bueno sería preguntar al doctor Antonio lo que se debe hacer, repuso Lucy. Esos infelices están muy mal; y sin embargo, añadió titubeando, ¡es difícil ofrecer dinero á personas que no lo piden, y que quizá han visto días mejores!

— Prueba y verás si no lo aceptan, dijo sir John levantándose para marcharse.

Os concedemos, sir John, que se puede apostar á que la oferta será aceptada. La *malesnada fames*, como habeis leído en el colegio, es una bestia difícil de guiar, y la mayor parte de aquellos que la montan se apearán cuando y como puedan. Sin embargo, el método que proponéis sugiere algunas objeciones. Ese puñado de dinero que mandais á vuestra hija que presente en forma de limosna, ¿no puede provocar un rubor en esas frentes arrugadas que sería bueno evitarles? ¿No puede desgarrar un pedazo mas de esa última salvaguardia de la honradez, el respeto de sí mismo, que habria sido mejor dejar intacto? De otro modo, si esperais á mañana y enviáis vuestro donativo, grande ó pequeño, verbigracia, por conducto del buen doctor, si le enviáis como una remuneración por la distracción que os preparaban, entonces se puede apostar con mas razón á que no habeis herido ningún sentimiento, á que no habeis cubierto de rubor ninguna frente, y á que al propio tiempo sereis bendecido como un bienhechor generoso.

Estas reflexiones que hemos puesto bajo la forma de un apóstrofe á nuestro amigo el baron, nacieron espontáneamente en el espíritu de nuestra dulce heroína y dictaron su conducta en la entrevista que tuvo con los actores.

Lejos de ofrecerles dinero, miss Davenne ni siquiera hizo alusión al asunto. Dijo cuánto sentía que hubiesen hecho un viaje tan penoso con tanto calor, y cuánto agradecía el convite, así como su padre; no estaba segura, añadió, de que podría aprovecharle; pero algunos de sus amigos irían de fijo al teatro, y por consiguiente les suplicaba que reservaran dos palcos á nombre de sir John Davenne.

Sobre esto el señor Pistacchini y la señora Rosalinda se despidieron, si no completamente satisfechos del resultado de su expedición, al menos agradeciendo el modo con que los habían recibido, y tan encantados con la gracia y la bondad de Lucy, que declararon á Speranza que la señorita era un ángel, y que en este concepto se prometían aun que se dignaría honrar con su presencia la función que habían preparado.

— ¿Y porqué no habeis de ir, señorita? preguntó Speranza haciendo brillar sus grandes ojos negros; será una función muy hermosa, con iluminaciones brillantes como el sol, y palomas que volarán por el teatro.

— ¿Te gustaria verla? preguntó Lucy sonriendo.

— ¡Oh! sí, muchísimo, y á Battista también, exclamó sencillamente. El señor Pistacchini es un gran cómico, según dicen.

— ¿De veras? Pues bien, irás.

— Si no vais vos, de ninguna manera, respondió Speranza con aire resuelto.

— ¿Y porqué? repuso Lucy.

Speranza meneó la cabeza sin responder.

— Veremos lo que dice el doctor Antonio, añadió Lucy; de todos modos te quedarás aquí hasta mañana; Hutschin hallará un rincón para tí en su cuarto, y Battista se gobernará como pueda.

— ¡Oh! Lo que es Battista en cualquiera parte duerme, dijo la jóven; y corrió trasportada de júbilo á llevar á su amado esta noticia.

Cuando volvió Antonio, Lucy le dió á leer el sublime trozo de elocuencia del señor Pistacchini.

— ¿Qué pensais hacer? preguntó el doctor.

— ¿Cuál es vuestra opinion? dijo Lucy.

— Yo os aconsejaria que fuérais, respondió; la función será curiosa.

— Bien quisiera ir, repuso Lucy, sobre todo por Speranza; pero dice mi padre que sería difícil volver de noche á Lampedusa.

— No veo, observó Antonio, porqué habrais de volver á Lampedusa.

— ¿No me habeis dicho muchas veces que es imposible hospedarse en Taggia?

— Y es la pura verdad, contestó el italiano; pero podriais quedaros con vuestro padre en casa de la signora Eleonora.

— ¡Cómo!; Ahí dónde decis que es vuestra casa?

— Justamente; la signora Eleonora desea mucho conoceros.

— Muchas gracias, pero yo no tengo costumbre de causar trastornos á personas que me son desconocidas. No iremos.

Esta corta decision fué dada con un tono breve, altanero, casi desdeñoso, enteramente al modo de sir John Davenne.

Antonio se puso encarnado, pero no dijo una palabra. Se fué hácia una silla que estaba cerca, tomó el periódico que estaba sobre ella, se sentó y pareció que se absorbía en su lectura. No podriamos asegurar que leía realmente, á menos que no leyera siempre la misma palabra, pues sus ojos estaban inmóviles.

Lucy continuó su dibujo, muy de prisa como deseando dejarle pronto.

Speranza llegó bien luego cantando con alegría; pero su canción espiró en su boca en el momento en que distinguió á los dos jóvenes en el terrado sentados lejos uno de otro y en apariencia indiferentes. De puntillas se llegó al doctor y le preguntó:

— ¿Iremos al teatro?

— Temo que no, mi pobre Speranza; miss Davenne no quiere pasar la noche en casa de Eleonora.

— ¡Ah! ¡qué lástima! ¿Y porqué no quiere?

— No lo sé; preguntáselo tú.

Speranza se fué á la jóven, é inclinándose al oído la dijo algunas palabras que el doctor oyó.

Lucy se levantó al punto y dirigiéndose al doctor, exclamó con cierta cortedad:

— ¿Persistís en llevarme á casa de la signora Eleonora?

— Ciertamente, respondió Antonio mirándola con sorpresa y con placer al mismo tiempo.

— Entonces, dijo Lucy sonrojándose y sonriendo á la vez, me gustará hacer conocimiento con vuestra amiga.

¿Quién puede sondear las profundidades del corazón de una mujer? Hé aquí una niña que hace un momento no era mas que hiel y vinagre, y que de repente se pone dulce como la miel; ella que se negaba hace un minuto á aceptar un obsequio de una persona á quien no conocía, dice ahora que tendrá mucho gusto en conocer á la misma persona.

¿Dónde está el criterio á cuyo beneficio se pueden explicar tales contradicciones? Tenemos alguna esperanza de encontrar la solución del enigma en la corta frase que Speranza murmuró al oído de Lucy; pero cuanto más reflexionamos en esas palabras, menos comprendemos cómo pudieron ocasionar ese cambio súbito de disposición por parte de miss Davenne. Sin embargo, juzgue el lector por sí mismo; las palabras fueron estas:

— ¿Porqué, dijo Speranza, no quereis pasar la noche en casa de Eleonora? Es una buena anciana, la señora mas respetable de toda la Riviera.

Otra cosa nos apura también: ¿cómo un hombre de sensatez y de tacto como el doctor Antonio, no habia pedido á Lucy la explicación de aquel capricho tan singular, ó cómo al menos no habia juzgado oportuno demostrar algun disgusto por aquel modo de conducirse de la niña mimada?

Lo ignoramos; pero lo cierto es, que por el contrario, Antonio la miraba mas amorosamente que nunca y la decía con una voz trémula:

— ¿Y sir John?

— Vamos á ver si conseguimos su aprobación, respondió Lucy.

La negociación con sir John fué larga y difícil y duró todo el tiempo de la comida. Lucy empleó toda su diplomacia femenina para vencer á su padre, secundada admirablemente por el traidor Antonio, que de tiempo en tiempo lanzaba misteriosas alusiones á los antepasados de Eleonora, y pintaba con tales colores las almenas y las casamatas de la habitación de esa señora que la rodeaba con el prestigio de una morada feudal.

Sir John atacado de ese modo no tuvo mas remedio que rendirse.

Lucy estuvo muy alegre lo restante del día; no hablabá mas que de Eleonora, y durante el paseo que hizo despues de comer con su padre y el doctor al sitio de los rosales silvestres, se empeñó en oír la historia de la dama.

Esta historia no fué larga de contar; Eleonora era una viuda que habia tenido muchos hijos, de los cuales no la quedaban mas que dos y entrambos estaban desterrados por causas políticas.

La viuda habia salido de Génova, primera residencia de su familia, y se habia establecido en las inmediaciones de Taggia, donde poseía todo lo que la quedaba de sus grandes haciendas, y donde vivía en el retiro mas absoluto.

— Corta es la historia, dijo Antonio, pero se podria hacer muy larga y muy triste, contando únicamente la centésima parte de las penas, el valor y la caridad práctica de Eleonora.

¿Cuánta parte tomaba ahora Lucy en la admiración del doctor por la viuda!; Qué simpatía tenía por ella y también por otra pobre madre, cuyo hijo único se hallaba desterrado igualmente.

XVII.

EL TEATRO.

Al llegar al santuario al otro día, Antonio encontró a Lucy muy ocupada en hacer un dibujo de la casa de Eleonora, que tenía intención de regalar a la anciana. Lucy no había descubierto hasta entonces cuán pintoresca parecía aquella habitación, y cuánto contrastaba la sombría galería que reinaba en su pórtico con el terrado descubierto que tenía encima, y en el cual había un hermoso emparrado.

Antonio se sentó al lado de Lucy y se puso a contarla que la vispera por la noche había ido a ver a los Pistacchini (a quienes encontró cenando ensalada), para darles la deseada noticia de que sir John Davenne y su hija honrarián al otro día el teatro con su presencia; que esta noticia se recibió con demostraciones de alegría tan frenéticas (hasta la pobre ensalada hubo de salir por la ventana), que el doctor pensó un instante si no tendría que recurrir a la lanceta para calmar un alborozo de aquella especie.

— Tenía que ver el empresario, prosiguió Antonio, como le he visto yo esta mañana, paseándose en todo su esplendor por el *Pantano*, respondiendo con una condescendencia régia a los pedidos de billetes que llovían sobre él por todas partes; tenía que oír su voz cuando me decía confidencialmente que los billetes estaban en alza y que contaba con una entrada de cien francos; esto valía más que todas las comedias del mundo. Vais a hacer la fortuna de la compañía; todo Taggia estará en el teatro para ver a la familia inglesa.

— ¿Y cómo han sabido que iremos? preguntó Lucy.

— Todo se sabe en los pueblos; y además Pistacchini ha tenido cuidado de publicarlo. En el *Cartellone* que ha puesto en el *Pantano* se lee este anuncio en gruesos caracteres: *bajo el patrocinio de la familia inglesa que asistirá a la función.*

A Lucy la divirtió mucho el saber que sería ella el gran atractivo de la representación de aquella noche, y Antonio la dió cuenta de las disposiciones que había tomado. No había más que un punto que pudiera inspirar alguna inquietud. La signora Eleonora había hecho ya prodigios, no solo atendiendo a la recepción de sir John y de su hija, sino encontrando un cuarto para Speranza y Hutschin; pero esto era todo lo que podía hacer. Ahora bien, el doctor Antonio tenía ciertas dudas en cuanto a las comodidades que podría encontrar John en la *hocanda* de Taggia, donde debía pasar la noche con Battista.

— Es verdad que John se ha sonreído cuando le dijeron lo que le costaría el ir al teatro, añadió el doctor; pero su ignorancia es una felicidad cuyo fin temo mucho. En todo caso hemos convenido con sir John que mañana a las dos todos nos encontraremos en la plazuela, donde el camino de Taggia se encuentra con el de Niza para volver a Bordighera.

— Con mucho gusto volveré a ver la posada, dijo Lucy; qué contenta se pondrá Rosa.

Por la tarde a las siete y algunos minutos sir John y Lucy montaron en las mulas que debían llevarlos hasta la falda de la montaña.

Sir John se había vestido de toda etiqueta como si hubiera ido al teatro de Su Majestad en un día de gala.

Lucy llevaba su vestido de muselina azul y su sombrero de paja que Speranza había adornado con amapolas; estaba hechicera; la alegría de la prometida diversion daba a su cutis un brillo inusitado.

Como aun era de día, la bajada, aunque rápida, no ofrecía peligro ninguno; sin embargo, Antonio llevaba de la mano la rienda de la mula que montaba Lucy.

Dejaron las monturas a la entrada del puente, donde encontraron a los dos criados ingleses con los dos novios. La caravana atravesó el puente en un orden militar, volvió a la izquierda, y al cabo de cinco minutos de marcha por la orilla del río, llegó de repente a un vasto palacio.

— Es curioso, dijo Antonio, encontrar en un pueblecillo como Taggia una habitación particular de tal magnificencia y gusto, y además con un teatro como otro Versalles.

Una muchedumbre compacta movida evidentemente por un sentimiento de curiosidad estaba junto al palacio; pero al punto abrió paso a los ingleses. Estos guiados por Antonio entraron por una puerta a la izquierda bajo un peristilo también lleno de curiosos que se alzaban de puntillas para mirar a los ilustres extranjeros.

A la izquierda de la puerta de entrada había una mesa cubierta con un tapete encarnado, y sobre la mesa entre dos velas encendidas, una bandeja de plata que contenía algunas monedas, unas modestamente envueltas en papel, y otras atrevidamente a descubierto.

Delante de la mesa, como el dragon de las Hespérides, estaba sentado el hombre con quien hemos hecho conocimiento últimamente, Orlando Pistacchini, vestido con un traje soberbio y la cabeza ceñida con la diadema de Aristodemo, rey de Mesenia.

En cuanto distinguió a sir John, Orlando Pistacchini se levantó, se puso sobre el corazón sus dos manos abiertas, y en esa actitud hizo un saludo profundo a los extranjeros.

Sir John instruido de antemano por Antonio de la costumbre en tales casos, dejó caer en la susodicha bandeja un rollito de papel blanco muy limpio y apre-

tado que produjo un sonido metálico muy agradable.

El entusiasmo llegó entonces al colmo, todos los pescuezos se alargaron y todos los ojos se clavaron en la mesa. Aristodemo hizo otro saludo, y cruzó por su real cerebro la idea de apoderarse del rollito; pero dominando su tentación, guió a los extranjeros por una escalera de madera a los dos palcos reservados.

Allí se cruzó otra vez las manos sobre su corazón, se inclinó profundamente, y se retiró andando hacia atrás como en presencia de un soberano.

Lucy se quitó el sombrero, y asomándose al palco con sus hermosos bucles de cabellos que bajaban con profusión a lo largo de sus mejillas y por su garganta, excitó en la sala un murmullo de aprobación unánime.

Era aquel un bonito teatro brillantemente iluminado con bugías; pero la gente se ahogaba en los palcos y en el patio.

— Toda la aristocracia del pueblo asiste a la función, dijo el doctor Antonio.

— ¿Aristocracia en Taggia! exclamó Lucy.

— Sí, respondió Antonio con mucha seriedad, y de las más encopetadas. La lista principia por una marquesa, aquella señora que lleva en la cabeza un *pez-zotto* genovés y que afecta maneras muy sencillas. Este palacio y este teatro la pertenecen, y su familia es la primera aquí desde tiempo inmemorial. La marquesa ha tenido a bien cederos su palco esta noche.

— ¿Cuánta bondad! exclamó Lucy; quisiera poderla dar las gracias.

— Si queréis adoptar la costumbre italiana, podéis hacerla una visita en su palco... Aquella del rostro amarillo sombreado a la izquierda por las plumas blancas es una baronesa, y aquel que la habla al oído con aire tan importante, es el alcalde del pueblo...

Las descripciones de Antonio fueron interrumpidas de repente por un silbido agudo, y el telón se levantó apareciendo Aristodemo en esa meditación sombría que parece ser el estado normal de todos los héroes de tragedia.

Pero todos los esfuerzos de Orlando para manifestar ese abatimiento oficial, eran impotentes para dominar la alegría que la certidumbre de una entrada magnífica había encendido en sus ojos.

Aristodemo ejecutó su papel con alma, y se dió la muerte de un modo soberbio; su caída fue declarada admirable por los inteligentes.

Lucy disfrutó de una doble representación, y no era la menos interesante la que tenía lugar fuera del escenario. Por una rendija del tabique de madera que separaba los palcos, ella y Antonio podían ver la cara de Battista y espiar todo el *crescendo* de terror que se pintaba en las facciones del pobre marino, cuando vio que el rey sacaba su puñal y probaba la punta.

— ¿Se va a matar? preguntó muy conmovido a Speranza.

¿Cómo se estremeció y cuánto se erizaron sus cabellos, cuando los pasos del espectro que suponen habita en la tumba real se oyeron entre bastidores, y Aristodemo loco de terror se dió la muerte!

Las palomas que echaron a volar después de la tragedia dieron lugar a un incidente que aumentó aun la efervescencia de alegría que acompaña siempre a ese agradable espectáculo.

El ingenioso signor Pistacchini había preparado a los ingleses y al público una sorpresa con cuyo efecto contaba mucho. Por un procedimiento de su invención, había atado un palomo a dos cuerdas que saliendo por un agujero practicado en el telón, llegaban atravesando la sala al antepecho del palco ocupado por los ingleses; el palomo debía así parecer que se dirigía por su propio impulso hacia el sitio donde llegaban las cuerdas; pero por causa de un obstáculo imprevisto, el animal lanzado de aquel modo no ejecutó más que la mitad de su carrera aérea, y parándose en medio se quedó colgado con la cabeza abajo y agitando sus alas del modo más lastimoso.

El suceso produjo un estrépito inaudito; el patio entero se levantó de repente, y los mas entusiastas subieron a los bancos alargando vanamente los brazos para coger al palomo, todo esto acompañado de un clamor universal contra Pistacchini.

Este hizo al punto su aparición armado de una vara, y bajando de la escena, logró empujar lo bastante al palomo hacia el palco de los ingleses, para que Antonio pudiera libertarle y le entregara a Lucy en medio de una salva de aplausos.

Después de este suplemento de diversion que no estaba anunciado en el programa, Lucy fué a visitar a la marquesa y la dió gracias porque la había cedido su palco. Además la habló tan oportunamente de la hermosura del palacio y de la coquetería del teatro, que dejó a la anciana muy prevenida en su favor.

Battista que había sufrido los prolongados terrores de la tragedia, tenía derecho a alguna compensación por parte del empresario; y con efecto debió quedar indemnizado con la comedia que siguió. Imposible sería pintar los trasportes de júbilo de nuestro marino durante las angustias del pobre maestro cuando sabe que su alumno, el joven confiado a su guarda, se ha casado con una muchacha de la casa de enfrente. Todo el mundo se divirtió con la comedia, hasta sir John que comprendía muy poco lo que hablaban: en cuanto a Lucy, casi se reía tanto como Battista.

Antes de terminarse la función, la marquesa devolvió a Lucy su visita, y el alcalde, como representante del pueblo, creyó también que debía presentar sus respetos a sir John y a miss Davenne, y con esto podía

satisfacer su curiosidad y la de la baronesa, quien la había encargado muchas felicitaciones de su parte.

Todas estas atenciones agradaron bastante a Lucy y no menos al orgulloso baron, tanto más, cuanto que el malicioso doctor no cesaba de enumerar seriamente todos los títulos y calificaciones de los personajes.

Ya eran más de las doce cuando cayó el telón por última vez y la gente salió del teatro. Los honores de la función habían sido para sir John, y esto le había dado una solemnidad mayor que de costumbre; marchaba gravemente, y Battista iba detrás.

Al verle así, Antonio no pudo menos de declarar a miss Davenne que John le producía el efecto de un mártir. En cuanto a la camarera inglesa que daba el brazo a Speranza y caminaba detrás de sir John, Lucy y Antonio, estaba muy agitada, y cuando descubrió la pandilla de jóvenes entre los cuales se distinguía el ebanista que la cantaba la *Buona sera*, su emoción fué tan grande, que se echó a reír y a llorar a un tiempo.

Esta escolta, decía el doctor Antonio, era un obsequio espontáneo, en el cual no tenía él ninguna parte. Así acompañados llegaron a casa de la signora Eleonora, donde fueron recibidos por una hermosa joven y un arrogante mozo, pues se puso como una condición de la hospitalidad que el ama de la casa no velaría para esperarlos.

Después de haber tomado el té, que encontraron dispuesto, el baron y su hija fueron conducidos a sus habitaciones, así como Speranza y miss Hutschin; el doctor les dejó para ir a pasar la noche en casa de un amigo.

Ya estaba bien adelantada la mañana cuando Lucy, después de una noche de profundo sueño, se levantó y al abrir la ventana para que entrase el aire, vió a una señora vestida de negro que se paseaba por el jardín.

Esta señora, de un exterior muy distinguido, parecía estar dando indicaciones en voz baja a la joven con quien Lucy había hecho conocimiento la vispera, y que a la sazón se ocupaba en coger flores para aumentar el enorme ramillete que ya tenía en la mano.

El ruido de la ventana que se abrió hizo que levantara la cabeza Eleonora.

— ¡Ah! Buenos días, miss Davenne, exclamó con tono de cordial y graciosa acogida, me alegro mucho veros, y supongo que no hemos interrumpido vuestro sueño.

— Oh, no, señora; gracias, dijo Lucy sonrojándose, he dormido muy bien.

— Tanto mejor, repuso la anciana; la juventud necesita un largo reposo. Me mandareis a decir cuando esteis dispuesta a recibirme ¿no es verdad?

Algunos instantes después la italiana iba a visitar a la joven inglesa y la entregaba su ramillete. Había tanta afabilidad en su voz y en su sonrisa, una expresión tan tierna en la ligera melancolía que cubría como con un velo toda su persona, algo tan maternal en las caricias que hacía a Lucy separando sus hermosos rizos y llamándola «hija mía», que la emoción impidió a Lucy que respondiera a las benévolas preguntas que la hacía sobre su salud, y la tierna joven inclinó su cabeza angelical sobre el seno de su nueva amiga.

La pobre Lucy no podía menos de pensar en su amada madre.

En tanto que se anudaban así estas relaciones, sir John había salido a dar una vuelta, y las impresiones que recibía en todo lo que iba descubriendo, eran favorables a la casa y a la persona que la habitaba.

Aunque no pareciesen tan grandiosos como la vispera por la noche a la luz de las antorchas, el sombrío vestibulo y la columnata que conducía a la casa, así como el conjunto del edificio, sombrío también y de construcción maciza, sin embargo, tenían un aspecto severo y solemne que agradaba al inglés y le autorizaba.

(Se continuará.)

Las Fioraie de Florencia.

Como Roma, Nápoles y todas sus hermanas de Italia, Florencia ha tenido que sufrir la ley de las transformaciones. Su sol de gloria se apagó, sus artistas duermen en sus sepulcros, y hoy no tiene para adornarse más que las flores que la valieron su nombre, hace de esto unos tres mil años.

Alfine gli abitanti per memoria,
Poich' era posta in un prato di fiori,
Le denno nome bello onde s'ingloria.

«Al fin los habitantes, para recordar que estaba situada en medio de una pradera esmaltada de flores, le dieron el gracioso nombre que la envanece.»

¿Cosas del mundo! del Dante, de Miguel Angel, del Boccaccio, de Maquiavelo, de todos esos colosos de la inteligencia no queda más que un poco de polvo; y a cada primavera vuelven a florecer las margaritas que desde hace siglos esmaltan las verdes orillas del Arno!

No obstante, esa decadencia es aun digna de envidia, y puede ser muy dulce a la antigua ciudad de Médicis. Florencia se baña indolente y perezosa en el azul de su cielo; oculta su decrepitud bajo las flores, y se embriaga con sus perfumes; ¿hay algo mejor para olvidar el pasado y dormirse con el último sueño?

Pero esos esplendores florales, en cuyo honor tantas y tantas veces han pulsado la lira los poetas, no serían

nada sin las *Fioraie*. A estas les corresponde la gloria de esos tesoros embalsamados; ellas tejen cada día la florida guirnalda con que adorna su cabeza la reina de la Toscana; ellas son las que eligen las flores que el *caballero sirviente* envía todas las mañanas a la dama de sus pensamientos; ellas saben qué corona conviene arrojar á la prima donna después de su aria; ellas en fin ocultan con destreza en un ramillete la cartita amorosa.

Confidante indispensable en toda intriga de amor, la *Fioraia* penetra así en la existencia de todo cuanto vive sin pensar en la decadencia de los imperios, ni en los reumatismos que se cogen recorriendo por la noche las calles.

Por eso, ¡qué gratitud, y sobre todo qué cuentas no la debe todo aquel que ha visitado Florencia! Las cosas marchan de tal modo que se citan príncipes rusos que gastan al año crecidas sumas en camelias, y que muchas veces el *buon governo* ha debido intervenir para impedir que jóvenes ilustres no transformen en *ladys* simples ramilletteras.

En Toscana siempre la policía se ha mostrado muy susceptible en punto á alianzas desiguales.

Aunque contenidas en su vuelo, estas altas aspiraciones conyugales dicen muy claro lo que son las ramilletteras florentinas. Efectivamente, la *Fioraia* es una hermosa joven, que viste con elegancia, llevando en la cabeza un sombrero de paja adornado con lazos de cinta. Sus flores son dignas de ella.

La *Fioraia* está por todas partes; se la encuentra en las calles componiendo sus ramilletes en los peristilos de los antiguos palacios donde los güellos y los gibelinos se dieron en otro tiempo tan furiosos asaltos; en las cascinas, el gran paseo de Florencia, donde va de carruaje en carruaje sembrando sus flores y sus sonrisas; en los teatros y hasta en la iglesia; lo que no choca en una ciudad donde la catedral tiene el nombre de Nuestra Señora de las Flores.

La *Fioraia* conoce ó adivina el gusto del parroquiano; y en cuanto se elige con la vista en su canastillo, acude con la flor de predilección en la punta de sus dedos. Luego sin esperar y sin pedir nada, se marcha haciendo una reverencia iluminada con tres ó cuatro ojeadas capaces de rendir al mas rebelde.



LA PLAZA SANTA TRINITA EN FLORENCIA.

ve. Por lo demás, á decir verdad, el peligro puede medirse por ciertas influencias climatéricas. Para los italianos es casi nulo; para el extranjero, sobre todo si es ruso ó inglés, es diferente. En este caso, el enfermo se halla acometido de accesos matrimoniales que acabarían por llevarsele, si como he dicho ya, el *buon governo* no se constituyera en médico de oficio.

El tratamiento es de los mas sencillos; cogen á la *Fioraia*, la meten en un coche suficientemente escoltado de esbirros, y la pobrecilla es conducida á Siena, á Pisa ó á San Geminiano, donde la guardan bajo llave hasta que promete renunciar al extranjero. Una vez la paloma en la jaula, el *buon governo* supone que el enfermo ha entrado en convalecencia, y como nada es mas favorable á los convalecientes que el viajar, le mandan su pasaporte con algunos alguaciles para que le ayuden á hacer sus colres.

Preciso es convenir en que este modo de tratar las afecciones amorosas hace honor á la sagacidad del *buon governo*, y se merece bien su nombre entre todos los gobiernos pasados, presentes y futuros.

Aunque apasionada por la libertad, la *Fioraia* solo tiene un sueño, encender alguna llama amorosa que la valga los honores del *carcere d'amore*. Esta prision es para ella el pedestal de su fama, el triunfo al Capitolio otorgado á sus victoriosas ojeadas; ¿qué mas diré? un terno seco á la lotería de las probabilidades de hacer fortuna.

Por esta razón, ¡cuántos celos no excita la hermosa Marietta, la perla de las *Fioraie* de Florencia! Tres veces el *buon governo* debió apelar contra los hechizos de esta Circe, á los rigores del destierro y de la cárcel; primero para salvar á un joven guardia noble; luego para curar á un futuro miembro del alto Parlamento, y en fin para conservar al emperador austriaco un capitán de húsares que entró en un famoso acceso de fiebre matrimonial, gracias á las miradas de Marietta.

Y sin embargo, ella no se da por vencida aun; dice que un día ú otro será condesa, y continúa distribuyendo sus flores y sus ojeadas en la piazza Santa Trinita, cuartel general de las *Fioraie* de Florencia. E. B.

En este caso no es inútil armarse de todo el valor disponible; sin lo cual, gracias á la temperatura incandescente del cielo florentino, la herida puede ser gra-

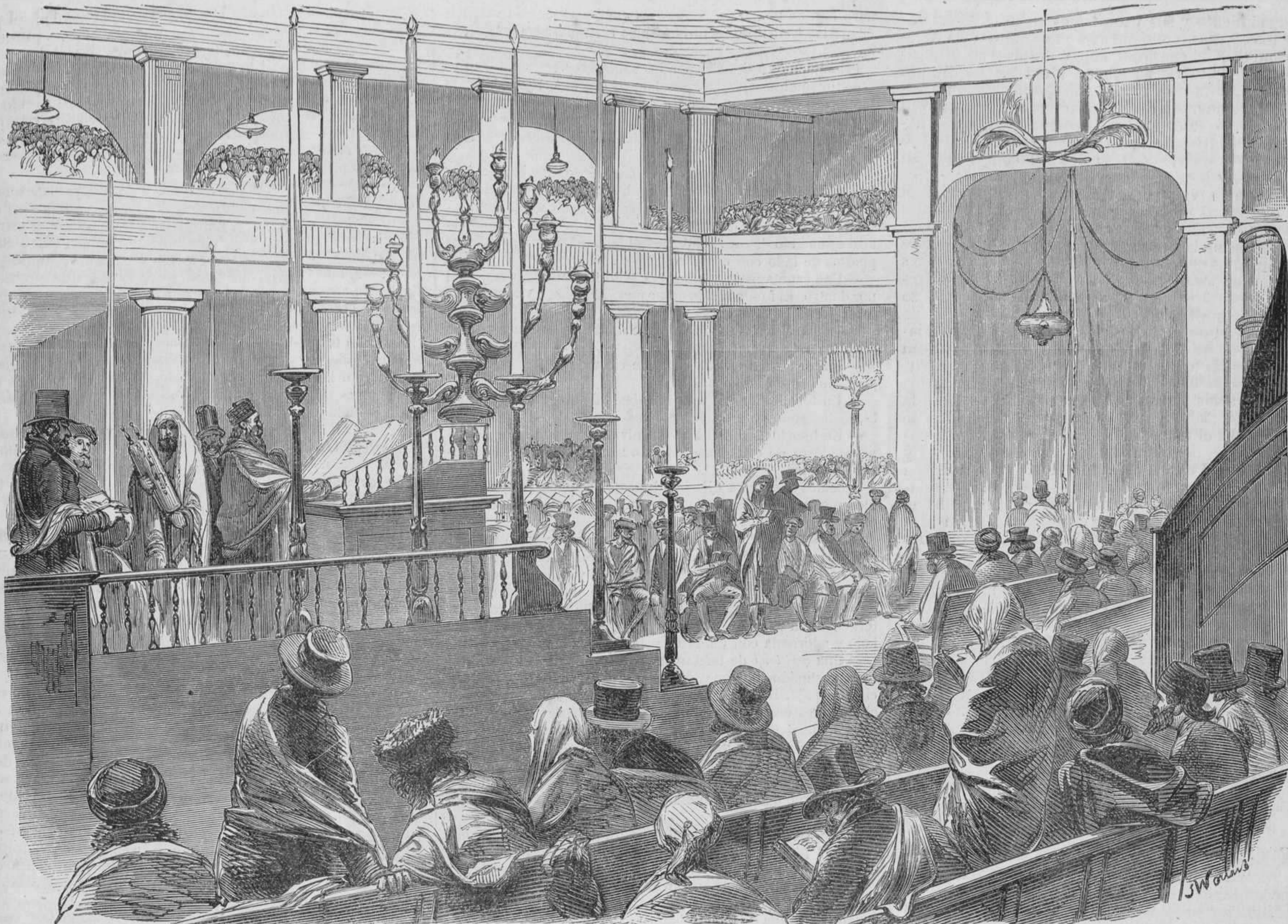
condesa, y continúa distribuyendo sus flores y sus ojeadas en la piazza Santa Trinita, cuartel general de las *Fioraie* de Florencia. E. B.



GRUPO DE FIORAIE.



MARIETTA



ACCION DE GRACIAS EN EL TEMPLO ISRAELITA DE PESTH CON MOTIVO DEL DECRETO QUE CONCEDE A LOS JUDIOS AUSTRIACOS EL DERECHO DE POSEER BIENES TERRITORIALES.

Accion de gracias en el templo israelita de Pesth.

La poblacion israelita del imperio austriaco que se hallaba hasta ahora en una condicion politica digna de la barbarie de la edad media, acaba de salir en parte de ese estado de inferioridad. Por un decreto de 18 de febrero último, el emperador ha otorgado a la comunión israelita en la baja Austria, en Bohemia, en Silesia, en Moravia, en Hungría y en la vaivodia serva, en el banato de Times, en Croacia, en Eslavonia, en Transilvania, en el pais del litoral y en Dalmacia, el derecho de poseer bienes territoriales.

Esta importante medida, aunque no llena todas las mejoras que reclama la triste condicion de los súbditos israelitas, puede ser considerada como un encaminamiento hácia la completa igualdad que el progreso de

civilizacion moderna hace necesaria. Es pues muy justo aplaudirla por los beneficios que concede y por las esperanzas que trae. Así la gratitud de los israelitas se ha declarado con una espontaneidad que atestigua los deplorables abusos a los cuales debe poner fin el nuevo decreto. En Pesth, donde la comunión israelita cuenta un crecido número de miembros, estos han acogido con acciones de gracias a Dios el acto del poder imperial que debe preparar la emancipacion de su raza.

El marqués Pepoli,

MINISTRO DE HACIENDA DE LAS PROVINCIAS REALES DE LA EMILIA.

Entre los hombres notables que la confianza de sus conciudadanos ha colocado a la cabeza del gran movimiento de la Italia central, figura en primer término el marqués Pepoli, ministro de Hacienda y de Negocios extranjeros en el gobierno de la Rumania, y hoy ministro de Hacienda de los Estados fusionados.

El marqués Joaquin Napoleon Pepoli es primo del emperador actual de los franceses; su madre era la princesa Ana Murat, hija del heroico Murat y de Carolina Bonaparte. — Casó con una princesa de Hohenzollern-Sigmaringen, de la familia real de Prusia, y hermana del príncipe presidente del consejo en Berlin. — La difunta reina de Portugal era sobrina de la marquesa Pepoli. — Por este enlace y por alianzas anteriores, el marqués se encuentra emparentado con una gran parte de

las razas reinantes en Europa. — La casa Pepoli era soberana en Bolonia en el siglo XII. — En un antiguo convento de esa ciudad existe el sepulcro de Tadeo Pepoli, elegido en 1120 príncipe de Bolonia por el pueblo y los nobles. Su descendencia se ha mantenido poderosa, rica y honrada a través de los siglos, y aun en el día ocupa el primer puesto entre las familias principales de la provincia.



EL MARQUÉS PEPOLI, MINISTRO DE HACIENDA DEL GOBIERNO DE LA EMILIA.



M. FAULKNER, MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE LOS ESTADOS UNIDOS CERCA DE LA CORTE DE FRANCIA.

Su nacimiento y sus parentescos ilustres hacen resaltar mas y mas las cualidades personales y la valerosa conducta del marqués Pepoli durante las pruebas que ha debido sufrir su ciudad natal en los últimos doce años. Adorado del pueblo de Bolonia, siempre dispuesto á defender sus derechos, aunque era muy jóven en 1848, tomó en calidad de coronel de la guardia nacional la iniciativa de la resistencia contra el ejército austriaco que queria castigar á los boloñeses por su patriotismo, y le rechazó con grandes pérdidas.

Versado á la vez en las letras y en las ciencias, el jóven patricio al mismo tiempo que escribía comedias de mérito, estudiaba profundamente la administración y la hacienda de Roma. Graves artículos, basados en documentos oficiales y erizados de cifras acusadoras publicados en los diarios del Piemonte, vinieron á revelar de repente cosas ignoradas. La herida que hizo entonces fué profunda.

Cuando el 11 de junio de 1859 la guarnición austriaca, después de una ocupación que no se olvidará nunca evacuó Bolonia, todos los buenos ciudadanos se agruparon en torno del marqués Pepoli. El pueblo había derribado ya las armas pontificias y amenazaba á la persona del legado. Por su energía y por el crédito de que disfrutaba el marqués Pepoli, supo calmar en pocas horas á la población restableciendo el orden; y gracias á esto, el cardenal legado Mileri pudo salir con toda seguridad para Ferrara. Aquel mismo día se estableció un gobierno provisional en el cual figuraba el marqués; y su primer acto era despachar á Turin para ponerse á las órdenes del rey Victor Manuel, dictador de la guerra italiana.

Encargado en breve de dos de las principales carteras en la administración definitiva de la Rumania, el marqués desplegó el mayor talento en el desempeño de estas funciones. — Al incorporar luego en el nuevo ministerio de la Emilia al marqués Pepoli, el gobernador general Farini ha sido intérprete de la gratitud nacional, al propio tiempo que ha sabido elegir el colaborador mas propio para ayudarle en su difícil tarea.

C. DE V.

M. C. J. Faulkner,

MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE LOS ESTADOS UNIDOS EN PARÍS.

M. Faulkner, nombrado ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en París, ha entregado sus credenciales al emperador en audiencia pública.

M. Faulkner es uno de los hombres mas distinguidos de la Union por sus talentos, y de los mas recomendables por su carácter. Nació en el condado de Berkley (Virginia), de un oficial que se distinguió en la guerra de 1812, y tiene en el día unos cincuenta años. Huérfano desde la edad de ocho años y privado de todo apoyo, M. Faulkner ha sido el artesano de su elevación y de su fortuna. En 1829 entró en el foro, después de haber hecho estudios brillantes. En cuanto tuvo el censo indispensable fué elegido para la Cámara de los delegados; tomó parte en 1832 en los debates sobre la esclavitud en Virginia, pidiendo la abolición progresiva. En ese mismo año fué nombrado comisario para la cuestión de demarcación que dividía á la Virginia y al Maryland. En el año siguiente se señaló en los debates suscitados acerca de las relaciones entre los Estados particulares y el gobierno federal, y sostuvo ardentemente los derechos de los Estados.

Después de haber dejado un momento la vida pública volvió á ella en 1841, y entró en el Senado de Virginia, puesto que abandonó poco después. En 1843 sostuvo energicamente la anexión de Tejas, y en 1846 fué uno de los partidarios de la guerra contra Méjico.

En 1848 M. Faulkner se constituyó en defensor del pacto federal contra las violencias de los separatistas exclusivos; y dos años mas tarde fué nombrado miembro de la convención de Virginia. Por último, en 1851 fué nombrado miembro del congreso nacional. M. Faulkner figura entre los hombres influyentes de esa asamblea, y su reciente nombramiento al cargo de ministro de los Estados Unidos en Francia, está plenamente motivado por la justa confianza que inspira á los verdaderos patriotas, por sus luces y su afecto á los intereses de la patria.

C. M.

Revista de la moda.

SUMARIO. — La primavera. — Los sombreros bordados de oro. — Del lujo del día. — Vestidos y confecciones con trencillas de paja. — Sombreros de primavera. — Tocados de baile y de soirée. — Confecciones de verano. — Dos vestidos elegantes. — El vestido Mancini y el vestido á la Mariscala. — Otros dos vestidos de soirée. — Las telas á la orden del día. — Adornos de cabeza. — Los círculos de oro. — El triunfo de los ópalos. — Descripción del figurin de este número.

La moda está en la primavera, aunque la naturaleza no se halle aun cubierta de flores y verdura. Todas las novedades se anuncian con un aspecto tan audaz, que creo que este año la sencillez quedará desterrada. El lujo toma proporciones inmensas. Todos los sombreros de primavera están bordados de oro; yo preferiría mil veces los bordados de lilas y violetas. Los vestidos y las confecciones no se atreven á tant-

pero han adoptado ya un adorno que no carece de originalidad; las trencillas de oro han sido reemplazadas por cintas de paja.

Principiemos á detallar por los sombreros.

— Un sombrero de crespon blanco con el borde del ala de terciopelo real. En el fondo lleva blonda con hebilla de oro. Por un lado tres plumas sostenidas por una coca de blonda con hebilla de oro. En el ala bandó de terciopelo con hebilla de oro.

— Otro sombrero, no menos elegante de tafetan blanco, con fondo rizado, de terciopelo aleli y bordado de palmas de plata; por adorno lleva dos plumas blancas con cabeza negra.

— Otro sombrero de crespon blanco con fondo de terciopelo azul esmaltado de oro. En torno del fondo dos plumas blancas puestas de lado con cocas de tafetan.

— Una capota maiz con borde rizado maiz al exterior y azul por dentro. El fondo rizado como una dalia, con lazo compuesto de tres hebillitas y tres puntas.

Pasemos á los tocados de baile donde hallaremos aun los distintivos de la moda actual.

— Un tocado Ceres con cocas de cinta de tafetan azul y espiigas de oro en las cocas.

— Un tocado Cleopatra con diadema de oro y estrellas mate, sosteniendo plumas sueltas rizadas.

— Un tocado Clotilde de no me olvides con cadenitas de oro y pasadores de oro. Por detrás un lazo formado con dos cocas de cinta.

Echemos ahora una ojeada á las confecciones, y terminaremos por los vestidos. El mejor modo de dar á conocer los modelos actuales es describirlos.

— Un *sobretudo Luis XIV* de tafetan negro cubierto todo él con tres espléndidos volantes de encaje de Chantilly. Lleva una berta compuesta de encaje estrecho y que remata en un volante de Chantilly, bajo el cual aparece un pequeño adorno de pasamanería negra y paja que se repite en todos los contornos de la prenda. Tiene una doble manga abierta por un lado y adornada con un doble volante de tafetan y encaje.

— Una *Sevillana* de tafetan negro con pliegues en los hombros, sostenidos por una cinta de terciopelo negro con trencilla de paja. En el cuello igual adorno. Los delanteros van abotonados con grecas de terciopelo y cinta de paja.

— Un *Rimini* de tafetan negro orlado con una cinta violeta cubierta de encaje y un galon negro enriquecido con estrellas de paja. Sobre el delantero alamares de galon negro con estrellas de paja. Mangas á la italiana muy anchas con vuelta y doble adorno de cinta violeta y puntas flotantes á guisa de capuchon.

— Una *capa Euridice* de tafetan negro con tres gruesos pliegues que parten de los hombros, y esclavina de tafetan guarnecida de encaje y azabache y orlada con dos volantes de encaje. Los delanteros se cruzan sesgados. Esta capa tiene una doble manga puntiaguda abierta por detrás guarnecida de encaje y forrada de tafetan blanco.

— Un *Mongol*, género paletó de tafetan negro con un sesgo de tafetan habana ribeteado con un terciopelo negro y una trencilla de paja. Este paletó tiene una esclavina de tafetan negro guarnecida con un sesgo de tafetan habana y una cinta rizada. Mangas pagodas con cintas habana. La tela de este paletó es muy nueva y tiene doble cara, negro y habana.

Los vestidos son también dignos de nuestra atención. Dos sobre todo son muy elegantes.

Se llaman vestido *Mancini* y vestido á la *Mariscala*.

El primero es de tafetan negro y va adornado con alamares aplastados de tafetan habana con trencilla de paja. Este vestido no lleva costuras en el talle, y en la falda tiene dos *chiffonnés* ó volantes de nuevo estilo. Las mangas con grandes vueltas á la Bassompierre. Es un vestido muy aristocrático; el delantero parece un motivo de arquitectura florentina.

El vestido á la Mariscala es un poco antiguo. Es de tafetan rayado blanco y malva. La espalda y los delanteros del cuerpo van fruncidos, y un cinturón de cinta rayada oculta el talle. La falda forma una doble falda, ó mas bien una túnica redonda, gracias á un fruncido á la antigua que sostiene los pliegues hasta media falda, y que sube redondeándose hasta el cinturón. Las mangas fruncidas rematan en una graciosa vuelta con un lazo de cinta. Este vestido es propio para una mujer alta y delgada.

Hé aquí ahora otros trajes de soirée.

— Un vestido de gasa de Chambéry, violeta de Niza, con cinco volantes pequeños orlados con una cinta violeta y velados con pequeños volantes blancos de tul doble. Una túnica de tul doble cae á la altura de los volantes, y se encuentra levantada por los lados por largas cintas violeta. Cuerpo de peto con berta compuesta de rizados de cinta y afollados de tul. Mangas afolladas con adornos de tul levantados al estilo de la falda.

— Otro vestido también de gasa de Chambéry, gris de los Alpes, con cuadritos de filetes habana y puntos cereza y negro. En la falda lleva siete volantes con dos cabezas compuestas de chiffonnés negro y cereza. Cuerpo escotado con berta cuadrada por delante y abierta sobre los hombros. Las mangas con doble volante de tul y encaje de Chantilly llevan una cinta negra y cereza en cada hombro.

¿Y las telas? No hay que olvidarlas. Todas las sedas recuerdan las que llevaban nuestras madres. Sobre fondo de tafetan puro como pensamiento de las Indias, — rosa real, — margarita de los Alpes, se estampan perlas nacaradas que caen en arracadas, ó margaritas partidas del tallo, ó almendras negras y amarillas y cuadros japoneses.

Pero aun hay mas. — Hay cuadros con filete y cuadros lisos, castaña, gris ruso y violeta de Parma con florecillas de tres colores formando contraste.

También hay cuadritos menudos sembrados de florecillas de primavera y gris á puntitos con ramilletes de rosas de todos matices.

El estilo bizantino está haciendo furor. Los corazones y las cruces á la Jeanette estarán muy en moda este verano. Todas las peinetas son caladas y con bolas de oro.

Las elegantes llevan también un círculo de bro á la antigua para sostener el tocado.

Los ópalos, gracias á la emperatriz Eugenia, han obtenido también los favores de la moda.

Los ópalos de Hungría son de una coquetería extraordinaria. La turquesa tiene ojos de color no me olvides; el rubí una mirada de fuego; la esmeralda magníficos reflejos; los brillantes rayos deslumbradores como el sol; pero el ópalo tiene todos los reflejos purpurinos, dorados y tornasolados del arco iris. Estas piedras se montan en forma de arracadas.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurin que representa trajes de primavera.

Primer traje. — Vestido de tafetan liso color de castaña. — Siete bullones graduados sobre la falda. — Cuerpo liso, alto, abotonado y de peto. — Cinturón duquesa con un rizado menudo. — Mangas lisas. — Tres bullones componen cada jockey. Cuello de encaje. — Mangas interiores de tul afollado. — Sombrero de crespon malva con ala de terciopelo; por dentro violetas de Parma. Cachemira arlequin de variados colores.

Segundo traje. — Vestido de moaré francés negro. — Botones de terciopelo negro de arriba abajo de la falda, á partir del cuerpo. Debajo del cuerpo, chaleco de terciopelo negro. Las mangas son anchas con jockey plegado. En cada pliegue botones de terciopelo. Cinturón con broche bizantino. Mangas interiores afolladas. Cuello de encaje. Sombrero de crespon blanco con terciopelo negro con adorno de ramo de rosas y yerbas verdes. — Cachemira largo rayado.

Tercer traje: de niña. — Vestido de popelina azul celeste. En cada paño de la falda un plegado de cinta. Cuerpo con pieza figurando solapas por delante y por detrás. El centro de terciopelo á cuadritos muy estrecho. Mangas anchas plegadas por arriba. Camisolin plegado. Broche en torno del cuello. — Pantalón corto bordado. — Bolitas de terciopelo azul. — Sombrero Pamela de terciopelo azul adornado con una plumieta blanca.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Las semanas de Pasion,

SANTA Y DOMINGO DE PASCUA, PASADOS EN EL SANTO SEPULCRO.

I.

Entré en la iglesia del Santo Sepulcro el sábado, víspera del domingo de Pasion, para pasar en ella los últimos quince días de la cuaresma. Todos los rincones del convento que poseen en la misma los padres de la Tierra Santa estaban ya llenos de religiosos del otro convento de San Salvador, que tienen la costumbre de venir cada semana de cuaresma con el reverendo padre guardian á pasar la noche del sábado al domingo, y de permanecer fijos aquí los cuatro últimos días de la semana santa.

La celdilla que se me ha asignado no tiene ventana, la luz entra tan solo por una puerta que da á un pasadizo, el cual es bastante oscuro, tanto que me veo obligado á valerme de luz artificial hasta la mitad del día. Así es que solo estoy en ella el tiempo indispensable.

Mi menaje consiste en una cama, una mesa rota y una silla, y aun esta última he podido conseguirla con trabajo. La galería por la cual se llega á mi celda tiene mas de doscientos pasos de largo, con proporcionada anchura. Enfrente está el Santo Sepulcro, del cual distará cerca de unos veinte piés. Para detenerse en ella es menester especial permiso, el que los padres jamás niegan. Casi todo el tiempo lo paso allí, y siempre deliciosamente. Es mi paseo, rezo en ella mi oficio y me encomiendo á Dios; frecuentemente apoyado sobre el pretil, me saboreo silenciosamente en la dicha de contemplar el sitio en que descansó el adorable cuerpo de Jesucristo sepultado, ó con ternura dejo que mi vista se fije sobre la multitud de peregrinos que se empujan, y si puedo decirlo así, ondean al rededor del Sagrado Sepulcro.

El ruido ocasionado por el concurso siempre en aumento durante esta quincena, y los continuos cantos de los cristianos de diversas naciones que se suceden unas á otras en la iglesia para celebrar solemnemente el oficio, hacen que casi sea imposible el descanso. No se puede dormir sino con un sueño penoso, agitado y veinte veces interrumpido en el espacio de una hora. Unese á este inconveniente la humedad de las habitaciones, que por sí sola debería ser bastante para alejar de allí; pero la piedad se complace en esta habitación, y el inefable consuelo que se siente embarga enteramente el espíritu.

Por la noche es cuando mi alma siente mas gozo cerca del sepulcro del Salvador; entonces los padres franciscanos cantan allí su oficio; entonces la multitud de peregrinos se marcha, y aun aquellos que han podido conseguir quedarse se retiran á un lugar apartado, en términos que por mas de una hora puedo orar, adorar y gozar solo, sin distracción ni ruido. De aquí paso á visitar el Calvario y demás lugares santos que encierra la iglesia, de modo que con frecuencia me coge por allí la aurora.

Hace algunos días que volviendo del Calvario acerquéme al Santo Sepulcro, y ví á los sacerdotes armenios ocupados á la luz de las lámparas en cortar piezas de una tela blanca y tiras de una cierta dimension. En seguida las ponían sobre el Santo Sepulcro, las bendecían, escribían sobre cada una ciertas palabras en su lengua, y las distribuían á los peregrinos, quienes las recibían con mucha veneración. No podía comprender

ni el objeto de esta ceremonia, por mas que llamase mucho mi atención, y no me atrevia á distraer á los asistentes del recogimiento, provocándoles á darme una explicación que satisficiera mis deseos. Pero algunos instantes despues viendo á la puerta de la iglesia á algunos que habian tenido parte en la distribución, les hice algunas preguntas, y supe que lo que habia visto ofrecer y recibir con tanta piedad y religiosa veneración... era... una sábana.

¡Una sábana! y los pobres peregrinos estaban tan contentos por regresar á su país, trayendo consigo este vestido de muerte, como jamás lo haya estado el ambicioso que á impulsos de la codicia va mas allá de los mares, cuando despues de una larga ausencia vuelve á los suyos cargado de tesoros. Para cada uno de ellos cuando llegue su última hora debe ser esta sábana una prenda de paz y bendición.

Volvíme á mi celda reflexionando sobre el espectáculo que acababa de presenciar, y cargada mi imaginación con las ideas que me inspiraba, no podia menos de confesar que para el hombre que tiene fe se encontraba allí una grande y saludable lección. No es posible á mi parecer que haya un interés en conservar y visitar el sudario que debe envolver nuestros despojos mortales, sin que esta conservación y visita ejerzan la mayor influencia en nuestras acciones morales. Mas de una vez en el mundo... he encontrado á pretendidos sabios, á quienes una sábana por el momento nada les hubiera significado. Estos mismos se encogieron de hombros por compasión á la sola idea de que un peregrino expatriado para visitar un sepulcro, viniera á buscar en él un trapo mortuorio. Pero entonces una considerable fortuna, la fuerza de la edad, el vigor de la salud, los sofismas de una filosofía enteramente pagana, los habia hecho olvidar que no habian nacido sino para morir y pasar á otro mundo, al que nada les seguiria de cuanto anteponia su limitada sabiduría. Y si todavía no les han alcanzado las noches de dolor, de angustia y agonía, cuando llegarán, ¿qué es lo que tendrán? ¡Una sábana! ¡Una sábana, pero probablemente con el disgusto de no haber aprovechado sus lecciones! ¡Una sábana mas despreciable y tal vez mas pobre que la del armenio, de quien hubieran deplorado la locura!

Como he dicho anteriormente los turcos guardan las llaves de la iglesia del Santo Sepulcro, y venden á los peregrinos el permiso de poder entrar en ella. Durante esta quincena, diez ó doce están constantemente de guardia en la puerta. Mientras que los unos sentados en un diván fuman descuidadamente con su grande pipa, los otros hacen centinela con látigos en las manos, levantados sobre las cabezas de los peregrinos que algunas veces descargan sin piedad hasta cubrirlos de sangre, sobre los que por fuerza ó sin pagar el tributo quieren entrar en el templo. Frecuentemente veo este triste espectáculo sin que sea testigo de él, sin afectarme del mismo modo que la primera vez. No puedo disimular que entre la multitud se encuentran muchos marinos del Archipiélago y de la Grecia, hombres groseros, fogosos y que deben ser contenidos por una severa reprensión; porque de otro modo, seria imposible que las ceremonias santas que deben celebrarse sucesivamente por cada una de las diferentes naciones, se hiciesen con tranquilidad y decoro. Pero la violencia, por no decir la crueldad de los medios empleados para mantener el orden, el brazo del turco levantado sobre la cabeza de un cristiano, de quien al fin todo su crimen es un exceso de impaciencia para acercarse mas pronto al sepulcro del Salvador, esto me llena de tristeza, me lastima y me irrita.

Antes de ayer me retiraba con el corazón de tal modo despedazado por lo que habia visto, que no pude resistirme á la necesidad de darme algún consuelo, acercándome á uno de nuestros buenos padres, y comunicándole los penosos sentimientos que experimentaba. ¡Ah! me dijo levantando los ojos al cielo: ¡ah! *Peccatum peccavit Jerusalem, propterea instabilis facta est... Dedit me Dominus in manu, de qua non potero surgere*: «Jerusalén cometió un gran pecado, por esto ha sido hecha instable... Me entrego el Señor en una mano de la que no podré levantarme.» (JEREM. Lament. I, 8, 14.) «No nos atucinemos, padre, prosiguió, no busquemos en otra parte mas que en los pecados cometidos por los cristianos, sobre todo en la Tierra santa, la causa de la desgracia de ver estos lugares sagrados en manos de los enemigos de Jesucristo. Ellos son los instrumentos con que Dios castiga nuestras iniquidades ó ingratitud.» Despues pasando rápidamente sobre los hechos principales de la conducta de los cristianos en los años que siguieron á los triunfos de la Palestina, continuó así:

«Mientras que Godofredo, honor y gloria de las Cruzadas, no menos por su piedad que por su valor, y su hermano Balduino, de no menor celebridad por su bravura y celo por la fe, reinaron en Jerusalén, el Señor que habia bendecido sus armas, se complacia en derramar sus misericordias sobre el nuevo Estado sometido á su autoridad; pero los que le sucedieron no marcharon en pos de tan nobles huellas. Pronto el ejército cristiano se entregó á los mas monstruosos desórdenes; en poco tiempo el escándalo llegó á su colmo, de tal manera, que el arzobispo de Tiro Guillermo, que habia intentado escribir la historia de esta época, no tuvo valor para continuarla. «El consejo de la sabiduría, decía, la ley del sacerdocio, la palabra de los profetas, han emigrado; la que sigue de Isaías se cumple en el sentido moral hácia este pueblo: «Toda la cabeza está mala y el corazón afligido; de la planta de los pies

» hasta la coronilla de la cabeza, no hay en él cosa sana.»

» A una lamentable corrupción de costumbres se agregaban los odios, las rivalidades, las discordias, las disensiones intestinas, que atrajeron sobre este país todos los castigos de la cólera celestial. Quince ciudades y entre ellas Tolemada, cayeron en poder de los sarracenos por efecto de las discordias. Los cristianos que con sus abominaciones habian contaminado estas comarcas, fueron víctimas á millares por el hierro y por las llamas, hasta que por fin la conquista de Godofredo desapareció con los tristes restos de los conquistadores. A Dios no se le insulta impunemente. *Deus non irridetur*. Cuando los cristianos llegan á estos excesos, son mas rigurosamente castigados: su malicia es mayor.

» Os indignais y no sin razón, prosiguió terminando, que se desvie la in multitud con una especie de crueldad, y que esto lo hagan los turcos. Pero antes de comunicaros mis ideas sobre el particular, reconozco conmigo que no data de hoy sino de muchos siglos, el que el musulman tiene de Dios la misión de castigar al prevaricador pueblo cristiano. Ya que Dios no espanta á los culpables, los entrega como un hombre solo á una nación entera para que los castigue cuando lo ha merecido: ¡echad la vista sobre la Grecia! Por otra parte, ¿no descubris nada de providencial en la disposición que pone á la puerta de un templo cristiano á los discípulos de Mahoma, haciéndoles servir de introductores de los discípulos de Jesucristo hácia su divino Maestro? Me direis que los turcos no tienen en esto otra mira que la del dinero. Pero ¿por ventura es otra la causa por la que el criado sirve de introductor á su amo, y aun la del mismo grande frecuentemente á su príncipe? Todo sirve de instrumento en las manos de Dios.

» Pero para acabaros de manifestar mi idea, sin duda que entre los millares de peregrinos que atraen las santas solemnidades, la mayor parte no ha emprendido un tan largo y penoso viaje sino por motivos de fe y amor, con el objeto de poder adorar á Jesucristo en el mismo lugar que ha padecido y muerto por nosotros. Sin embargo, ¿cuántos se encuentran hoy mismo que parece no han venido á Jerusalén sino para renovar los crímenes y desórdenes que tan frecuentemente hicieron caer sobre ella la ira del cielo! ¿No habeis visto en esta augusta iglesia, por decirlo así, al pié del Calvario, á algunos pasos del Sepulcro sagrado á cristianos olvidando que está escrito: «Mi casa es casa de oración, y vosotros la habeis convertido en cueva de ladrones?» ¿No son cristianos los que han puesto estas tablas, los que venden, compran, y que del sitio mas santificado de la tierra forman un lugar de tráfico y convierten en un escandaloso mercado? Mil veces mas culpables que los judíos profanadores que Jesus echó del templo, sin respeto al sello de la redención que traen marcado, ¿por ventura no insultan los anatemas de la religion, y las amonestaciones de la piedad que de semejante conducta se aflige y alarma?... ¿Y os admirais, padre, que Dios castigue, humille, que ponga el látigo en las manos del musulman, y no le separe de la guardia de su santuario? La pena y la humillación ¿no son por ventura bien merecidas?»

No puedo negar que el buen religioso dijo verdad. Con mis propios ojos habia visto cosas todavía mas deplorables que las que me habia referido, cosas cuyos detalles la pluma no se atreveria á describir; una mezcla diforme de prácticas supersticiosas y ceremonias santas, danzas acompañadas de vocería, espantosos gritos cuya sola idea causa horror. Felizmente gracias al cielo, los católicos no tuvieron parte en estos escándalos; eran solamente los griegos y los armenios los que causaban el desorden.

Es incómodo para los católicos el que la época de su pascua coincida alguna vez con la de los cristianos cismáticos como acontece este año. Entonces la concurrencia es tanta, que no es extraño que se sofocan algunas personas. De otra parte las diferentes ceremonias que no pueden hacer los unos sino despues de los otros, jamás se ejecutan con tanto orden y decencia; no quedando arbitrio alguno para obviar tantos inconvenientes como resultan, ni para prevenir los acontecimientos funestos. Sin embargo una cosa hay digna de notarse, y es que no obstante de reunirse allí un inmenso concurso de extranjeros de la Morea, del Archipiélago, de Constantinopla, de la Rusia, de la Armenia, de la Natolia, del Egipto, de la Siria, etc., jamás se ha oido decir que se cometa el mas mínimo robo; pudiéndose al mismo tiempo afirmar que en medio de tantos peregrinos las cosas mas preciosas están con toda seguridad.

II.

DOMINGO DE RAMOS.

El domingo de Ramos se principiaron las santas ceremonias, cuyo objeto es recordar los últimos misterios de la infinita misericordia, cumplidos en Jerusalén en el curso de esta semana, á la que con mucha propiedad la Iglesia da el título de *Mayor*. Los padres de la observancia de San Francisco, los católicos venidos en peregrinación, los de Jerusalén, de Belén y alrededores se habian presentado en la iglesia muy de mañana. Muchos manometanos se habian mezclado con la multitud por un acto de curiosidad y de respeto. Cerca de un altar provisional colocado en la puerta del Santo Sepulcro, estaban amontonadas las palmas que según

costumbre se habian traído de Gaza el sábado antes. El reverendísimo padre guardian que como se ha dicho usa de mitra y báculo revestido con una magnífica capa morada, y los asistentes con muy hermosos ornamentos sacerdotales se adelantaron pausadamente hácia el altar, y los chantres entonaron el *Hosanna Filio David* que todo el pueblo repitió con el fervor mas vivo de su corazón.

Entre tanto el reverendísimo padre guardian bendice las palmas; en seguida por sí mismo toma una adornada con flores de tal manera entrelazadas, que al extremo vienen á formar la corona pontifical, y de otra casi semejante al padre predicador, distribuyendo desde luego un cierto número entre los religiosos y los principales católicos. Me cupo la dicha de recibir de sus manos una muy hermosa de seis piés de alto, que es pero poder trasportar á Europa, la cual conservaré como otro de los mas preciosos recuerdos de mi peregrinación.

Las restantes palmas se repartieron entre los muchos fieles que la recibieron con un religioso aprecio. A pesar de todas las precauciones que cuidadosamente toman los buenos padres, es raro que haya bastantes para satisfacer la piedad de todos; y sucede frecuentemente que los que se quedan sin ellas han manifestado su sentimiento con quejas y aun con graves riñas. Por fortuna nada de esto ha venido á interrumpir ni perturbar esta patética ceremonia.

Acabada la distribución de las palmas, el padre que desempeñaba el cargo de diácono dió la señal con estas palabras dichas con una voz firme: *Procedamus in pace*; y al instante la procesion se puso en movimiento. Por tres veces consecutivas dió la vuelta en torno del Santo Sepulcro con el mayor orden. La magnificencia de los ornamentos, la armonía del canto, el recogimiento de los fieles, la gravedad y modestia de los religiosos, todo concurría á producir una impresion viva y fuerte; pero lo que conmovió mas profundamente mi alma, fueron los pensamientos que despertó en mí el canto de las siguientes palabras que expresan con una simplicidad admirable el triunfo de Jesus entrando en Jerusalén: *Pueri Hebræorum tollentes ramos palmarum, obviaverunt Domino clamantes et dicentes: Hosanna in excelsis*.

No podia apartar de mí la idea de que me encontraba en el sitio y en el mismo lugar en que tal vez se hallaba uno de aquellos niños hebreos, llevando como ellos en mis manos una palma cogida en el mismo paraje, diciendo en alta voz como ellos y á su semejanza: ¡*Hosanna* en lo mas alto de los cielos, *hosanna* al Hijo de David! Andando como ellos sobre las huellas mismas del Salvador, no podia detenerme en esta idea sin experimentar hácia mi Dios los sentimientos de un tierno, vivo y profundo reconocimiento.

En otro tiempo para recordar de un modo mas sensible la marcha triunfante de Jesucristo, todos los padres de la observancia de San Francisco pasaban á Betfagé. Luego de haber llegado allí, el padre guardian enviaba á dos religiosos al paraje en que la tradicion designa que el Señor mandó á los dos apóstoles diciéndoles: *Ite in castellum quod contra vos est*, etc. Los religiosos traían una borrica con su pollino; despues echando las capas sobre el animal, hacían que el padre guardian le montase, y le conducían de este modo á la ciudad por un camino que los fieles sembraban de flores, hojas de palma y olivo, y cantando en alta voz: ¡*Hosanna*! Así llegaba la procesion á Jerusalén pasando por la misma puerta que Jesucristo habia hecho su entrada.

La principal razon de no hacerse esta ceremonia, es por las considerables sumas que costaba obtener el permiso del bajá, incompatibles con la escasez de los recursos que de algun tiempo á esta parte se reciben de Europa, los cuales no son bastantes para satisfacer la ambición musulmana en todas sus exigencias.

A la procesion siguió la santa misa, que se celebró con la mayor solemnidad. Todas las impresiones vivas, dulces, tiernas y dolorosas de que he hablado originadas en mí por la vista de los lugares mas santos de la Palestina, no pueden dar una idea de las que sentia mi alma al tiempo que se cantaba la pasión sobre el sepulcro mismo del Salvador. No hay lenguaje capaz de hacerlo comprender, no es bastante que el corazón esté dispuesto, es necesario encontrarse en este acto en Jerusalén, dentro de la iglesia y en la presencia del Santo Sepulcro para sentirlos como los sentí.

Despues de la procesion de los católicos pude todavía ver la de los armenios. Si no se fija la vista sino en el brillo de los ornamentos sacerdotales y número de personas, ofrece una apariencia mas notable que la anterior. Era en efecto un hermoso punto de vista esta inmensa multitud de cristianos elevando las altas palmas, debajo de las cuales parecia que se ocultaban, ofreciendo el aspecto de un bosque ambulante, cambiando gradualmente de terreno y permitiendo á trechos descubrir á obispos reluciendo con el oro y la plata, á los sacerdotes con vestidos ricamente bordados, y á jóvenes levitas esparciendo el humo del incienso y otros perfumes por los aires. Pero á pesar de esta pompa exterior, es mucha la diferencia que hay entre la regularidad de la marcha, la gravedad del canto, la majestad de la ceremonia, la piedad de los fieles, la dignidad de los sacerdotes, la modestia, el recogimiento de los religiosos, etc... A los musulmanes mismos les hacen tanta impresion, que muchos de ellos han dicho, que si pudieran creer que su religion no era la mejor, no vacilarían en hacerse católicos. Siempre hablan con desprecio del culto de los griegos y armenios.

III.

[MIÉRCOLES SANTO.]

El miércoles santo, aniversario del día en que los judíos reunidos en consejo deliberaron los medios para apoderarse de Jesús y de entregarle á Pilatos, es considerado en Oriente como un día de estacion. A las tres de la madrugada los padres de la Tierra Santa pasan á la gruta de Getsemani, donde Nuestro Señor sudó sangre y agua y fué preso por la traicion de Judas. Los legos y extranjeros necesitan un permiso especial para entrar con la comunidad. Desde las tres y media hasta las siete se celebran ocho misas, durante las cuales se rezan Prima, Tercia y Sexta. Un religioso español canta la misa mayor insinuando una costumbre antiquísima. Terminase la estacion con las letanias á la Santísima Virgen, y regresan al monasterio.

A las tres de la tarde los religiosos de San Salvador se reunieron en la iglesia, y habiendo tomado asiento en los bancos que estaban preparados ante el Santo Sepulcro, empezaron el oficio de *Tinieblas* segun el rito romano. Esté oficio que trae su origen de la mas remota antigüedad, tiene en su coordinacion tal semejanza con el de difuntos, que es imposible deje de recordarlo. Sin invitatorio, sin himno, sin bendiciones, sin capítulo, tiene un carácter particular que produce en el alma sentimientos de profunda tristeza, mientras que por otra parte, la mayor parte de los salmos, profecías y lecciones que componen las diferentes partes, al mismo tiempo que la conmueven y enternecen, la elevan, dilatan y consuelan.

El oficio de *Tinieblas* del miércoles santo principia por el canto del salmo segundo.

«¿Porqué bramaron las gentes y



EL R. P. LACORDAIRE, MIEMBRO DE LA ACADEMIA FRANCESA.

» los pueblos han meditado cosas va
» nas?
» Concurrieron los reyes de la tierra
» y los principes se contederaron
» contra el Señor y contra su Cristo.
» Rompamos sus lazos y sacudamos
» su yugo.
» El que habita en los cielos los
» escarnecerá, y el Señor se burlará
» de ellos.
» Entonces les hablará con ira y
» los confundirá y aterrará con su
» furor.
» Yo he sido constituido por él rey
» sobre Sion su santo monte predica-
» dor de su ley.
» El Señor me dijo: tú eres mi hijo,
» hoy te he engendrado yo.
» Pídemme á mí y te daré las nacio-
» nes, que sean tu herencia y pose-
» sion tuya los confines de la tierra.
» Los gobernarás con vara de hierro
» y como vasija de ollero los quebra-
» rás.
» Y ahora, reyes, meditad: instruís
» los que pisais la tierra. » (SALM. II,
» i.-10.)

(Se concluirá.)

— Sobre los dos dibujos de esta página bastarán cuatro palabras de explicacion. El primero es el retrato del famoso predicador Lacordaire, que damos aquí aprovechando la oportunidad de haber sido nombrado miembro de la Academia francesa; y el segundo representa una escena de un acto tradicional vigente aun en el día en Francia en el Bocage bajo-normando. El día de viernes santo los chicos acostumbran á recorrer los campos, deteniéndose á las puertas de las casas para entonar cánticos sobre la pasion de Jesucristo, al mismo tiempo que ofrecen á besar á los fieles la imagen de Nuestra Señora adornada de flores. Inútil será añadir que estos cantorcillos regresan de su peregrinacion con los bolsillos llenos de moneda menuda.

X.



CANTORES CAMPESTRES DE LA BAJA NORMANDIA, EL DIA DE VIERNES SANTO.